

UNIVERSIDAD CENTRAL "MARTA ABREU" DE LAS VILLAS
Facultad de Humanidades



**El pensamiento integracionista latinoamericano y caribeño:
sueño y posibilidad**

Clara Rosa Niebla Cuello

Edición y corrección: Liset Ravelo Romero

Clara Rosa Niebla Cuello, 2020

Editorial Feijóo, 2020



ISBN: 978-959-312-430-0

Editorial Feijóo, Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Carretera a Camajuaní km 5 ½, Santa Clara, Villa Clara, Cuba, CP 54830

«[...] no hay porvenir ninguno para la América
Latina, sin integración.»

Fidel Castro Ruz (1991)

«La solución de los pueblos de nuestra América
está en nuestra América Latina, en la integración
de nosotros mismos.»

Hugo Rafael Chávez Frías (1994)

Presentación

El texto que se presenta nos adentra en la historia de la América nuestra en medio de las contradicciones, luchas y ambiciones de los países coloniales europeos y de las ideas expansionistas estadounidenses.

Aborda, además, la necesidad de la unidad para obtener el triunfo de las ideas de justicia social e independencia, y cómo esta visión estuvo presente en mayor o menor medida en nuestros próceres, y constituye estrategia actual de primer orden por los peligros a los que deben enfrentarse los países por sí solos.

Es nuestro propósito que este texto contribuya a actualizar los conocimientos sobre la integración latinoamericana y caribeña, y sirva como material de consulta para bibliotecarios, maestros y profesores; así como para todos los interesados en estos temas.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN / 6

CAPÍTULO I: IDEAS Y ACCIONES A FAVOR DE LA UNIDAD DE LATINOAMÉRICA DURANTE EL PROCESO EMANCIPADOR HASTA FINALES DEL SIGLO XIX / 10

1.1. Preámbulo necesario / 10

1.2. Antecedentes de Martí: Miranda y Bolívar.

1.3. Otras voces precursoras de la unidad latinoamericana

CAPÍTULO II: LA UNIDAD EN EL PENSAMIENTO DE JOSÉ MARTÍ Y SU ALCANCE EN LA PRAXIS REVOLUCIONARIA / 41

2.1 El pensamiento unitario de José Martí en el contexto de la situación cubana y latinoamericana en el último tercio del siglo XIX. / 41

2.2 Martí y la necesidad de la unidad latinoamericana y caribeña ante la agresividad de la política exterior de Estados Unidos y el alcance de esta idea en su praxis revolucionaria. / 51

CONCLUSIONES / 63

RECOMENDACIONES / 65

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA / 66

INTRODUCCIÓN

El colonialismo español llevó una política extractiva de las inmensas riquezas de sus colonias de América, lo que no era consecuente con las necesidades de sus habitantes, las grandes masas, compuestas en su mayoría por pueblos autóctonos, por mestizos, por esclavos y por criollos, que soportaban la explotación inicua a la que eran sometidos. En este contexto y como consecuencia de las contradicciones existentes, es que se inicia en las colonias de la América hispana el proceso de las luchas por alcanzar la independencia.

Este proyecto independentista se convirtió en el factor histórico que hizo posible el *pensar América* en las personalidades más preclaras del pensamiento revolucionario de aquel momento en el ámbito hispanoamericano.

A partir de esta premisa se hace necesario estudiar los aportes de estos hombres en una progresión que lleve al conocimiento de las contribuciones teóricas más avanzadas, las que constituyen los más lúcidos antecedentes del pensamiento integracionista latinoamericano actual.

Los ideales independentistas de los próceres que lucharon contra el colonialismo español en América estuvieron vinculados, en mayor o menor medida, con el pensamiento de unidad, como fórmula necesaria e indispensable para lograr la libertad primero, y para garantizar la estabilidad futura de las repúblicas nacientes, en las que debían patentizarse los derechos de los ciudadanos, a partir de las condiciones sociales y económicas persistentes en cada región, y en la voluntad política de sus gobiernos.

La situación que hoy confronta Latinoamérica, cuyos países, en su mayoría y en forma independiente, son incapaces de solucionar sus problemas económicos y sociales, implica buscar soluciones viables y seguras para enfrentar la realidad actual, resultado de siglos de sometimiento, explotación, dependencia e incultura. La fragmentación solo redundó en beneficio de aquellos que, desde tiempos coloniales, y después en la república, buscaron en las desigualdades divisiones internas, un sustento a su apetito expansionista y de dominación.

En las condiciones existentes en el continente a finales del siglo XX y principios del XXI, cuando las realidades económicas y sociales han llegado a una situación crítica, y luego de un oscuro período de regímenes tiránicos, criminales y sometidos a las políticas neoliberales impuestas por el imperio norteamericano, han surgido gobiernos,

dirigidos por hombres y mujeres comprometidos con su tiempo y sus pueblos, capaces de enfrentar los retos y trabajar para sacudir años de ignominia y sojuzgamiento.

Sin embargo, únicamente este hecho, no podría solucionar la problemática latinoamericana. Se trata de vincular intereses comunes, buscar soluciones apropiadas, integrar en un esfuerzo común las voluntades. La realidad de los países hispanoamericanos exige unir, en el esfuerzo común, unir en sí y para sí, a los pueblos, para enrumbar aquellos elementos identitarios, que proclamaban, hace más de un siglo, los pensadores y próceres de esta parte de América.

En la esencia del pensamiento de muchos de aquellos, están las razones, las necesidades, las vías, los procesos que definían la unidad indispensable, no lograda entonces, y tampoco en las etapas históricas que le siguieron. Las condiciones del mundo de hoy requieren escudriñar en esas realidades, para encaminar el quehacer de nuestros días. Resulta por tanto necesario ahondar en las bases conceptuales de la idea de la unidad latinoamericana desde el pensamiento político de los próceres y otras voces preclaras, que han contribuido, y deben contribuir aún más, al desarrollo de los procesos integracionistas de hoy.

A partir de la visión previsoras de los próceres de la independencia latinoamericana, en quienes la idea de unidad fue un norte cierto en el rumbo que debían tomar aquellos pueblos, hermanados por su origen, historia y porvenir, y en el contexto de un mundo globalizado cuyas principales potencias forman bloques monolíticos, las más importantes personalidades políticas de nuestro tiempo, así como los más lúcidos investigadores de las ciencias sociales dedican ingentes esfuerzos a fin de desbrozar caminos a favor de la integración de América Latina y el Caribe. Así se fomentó una tradición que se robustece desde los albores del siglo XIX, durante todo el XX y lo que va del XXI.

Hoy, cuando se hace insoslayable la unidad para llevar adelante los procesos sociales en América Latina y el Caribe, y cuando un grupo de sus países integrantes han realizado un singular proceso de integración en el proyecto de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), es conveniente ahondar en los documentos, en las circunstancias histórico-sociales concomitantes y en el pensamiento de los ideólogos, pues constituyen elementos esenciales para comprender el pasado, trazar estrategias en el presente y llevarlas a la práctica en el futuro.

La idea de unidad fomentada en el pensamiento revolucionario, latinoamericano y caribeño, constituye un factor esencial para el desarrollo inclusivo de la América nuestra.

Estas razones históricas que sustentan la necesidad de la unidad de los pueblos de la América nuestra y las vías propuestas para hacer realidad este proyecto, estuvieron presentes en el pensamiento de unidad de los próceres independentistas de América Latina y el Caribe, en el contexto del siglo XIX, hasta José Martí, como elementos esenciales de sustentación para el actuar en el presente.

Como antecedentes de esta investigación se consideraron textos de diferentes géneros literarios que abordan, desde distintos ángulos, los problemas de América Latina y la necesidad de la unidad para enfrentar las difíciles realidades existentes.

Fue preciso, por tanto, la revisión bibliográfica de las fuentes que recogen el pensamiento de estos próceres, donde se incluyen, entre otros, a Francisco de Miranda, Simón Bolívar y José Martí, y además a José Gervasio Artigas, Miguel Hidalgo Costilla, José Cecilio del Valle, Bernardo Monteagudo, Antonio Nariño, Vicente Roca Fuerte, Francisco Morazán, y Eugenio María de Hostos.

El estudio del tema requirió de una amplia revisión, análisis y decantación de un buen número de títulos, por lo cual la revisión bibliográfica resultó exhaustiva. Entre los títulos revisados, resultaron de mucha utilidad los siguientes: *El dilema de la Independencia*, de Sergio Guerra Vilaboy; *Raíces históricas de la integración latinoamericana para la unidad latinoamericana*, de Guerra Vilaboy y Maldonado Gallardo; *La entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica*, de Vicente Lecuna; *Hacia un nuevo pensamiento integracionista latinoamericano: aproximación a una lectura de segundo orden*, de Sergio González Miranda y Cristián Ovando Santana; *Integración desde abajo* de Isabel Rauber; *Apuntes teóricos sobre la integración de Nuestra América*, de José Oriol Marrero Martínez; *Iberoamérica y América Latina, identidades y proyectos de integración*, de Miguel Rojas Gómez; *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano; *De las dos Américas*, de Pedro Pablo Rodríguez; *Integración cultural de América Latina y el Caribe: Desafíos para el III milenio*, de un Colectivo de Autores; *Utopía, identidad e integración en el pensamiento latinoamericano y cubano*, de Joaquín Santana Castillo; *De Cristóbal Colón a Fidel Castro, el Caribe frontera imperial*, de Juan Bosh, entre otros.

El examen de toda la bibliografía empleada como material de estudio y consulta, abarcadora en sus valoraciones y aportes científicos, arroja la ausencia de un estudio específico acerca del tema de la unidad en su decursar histórico. En consecuencia, el presente trabajo, en pos de hallar ángulos nuevos en el tratamiento del tema en cuestión, persigue este propósito, que se orienta al pesquisaje de la idea de unidad en los próceres de la América Latina y el Caribe hasta José Martí, y a probar su continuidad dentro de la tradición del pensamiento revolucionario continental.

En el contexto actual, ante la difícil coyuntura que vive la humanidad contemporánea, en el presente proyecto de investigación, y en otros que en relación a la problemática integracionista puedan y deban realizarse, resulta una cuestión de primer orden definir los presupuestos teóricos donde se afianzan, desde sus más preclaras esencias, las razones y la necesidad de la unión entre los pueblos latinoamericanos, la línea de pensamiento que movió a los mayores ideólogos de esta vasta región en esa dirección y los puntos de convergencia que se precisa determinar, para la acción concreta en los tiempos presentes. Contar con un documento que recoja estos elementos esenciales, para propiciar la comprensión y la acción en el proceso integracionista, resulta indispensable y constituye un aporte prioritario.

CAPÍTULO I: Ideas y acciones a favor de la unidad de Latinoamérica durante el proceso emancipador hasta finales del siglo XIX

1-1-Preámbulo necesario

La concreción de las ideas relacionadas con la necesidad de la unión de los pueblos que integraban la América Latina, evidente desde finales del siglo XVIII, pasaron por un largo proceso, aunque quizás sus raíces más remotas daten de los tiempos iniciales de la conquista y colonización del continente americano, cuando los europeos que se establecieron en esta parte del mundo, contribuyeron de inicio y utilizaron en su beneficio, las diferencias y problemas existentes entre los pueblos originarios, para propiciar y favorecer su dominio.

No obstante, como afirma el estudioso Cintio Vitier: «Lo primero que integró a América, entonces, fue la humillación y el sufrimiento [...] utopía y explotación hispánica más resistencia y sufrimiento indígena fueron, pues, los primeros factores integracionistas del Nuevo Mundo».¹

Sin embargo, será en los siglos posteriores y en medio de un cruel proceso de explotación colonial, cuando surgieron y se desarrollaron nuevas generaciones, cuyos principales intereses estaban vinculados con su lugar de nacimiento, donde sufrían el sistema de dominio económico, social, político y cultural establecido por las potencias coloniales. Bajo esas condiciones, comenzó a surgir el ser americano, cuyas evidencias constituyen el brote de un pensamiento diferenciado, que ganaría consistencia y profundidad en pleno siglo XIX, hasta alcanzar su punto más alto en las ideas y en el quehacer práctico de José Martí.

Pensar América significaba, para los hispanoamericanos, liberarse del colonialismo español, porque la metrópoli desarrolló una injusta política extractiva de las inmensas riquezas naturales de este territorio, junto a una permanente negativa a escuchar las demandas de las colonias, factores que contribuyeron a la formación de una incipiente conciencia nacional criolla, en lo que también influyeron las ideas de la ilustración, que se extendían más allá de las fronteras europeas.

En relación con esta toma de conciencia del ser americano es significativo que un europeo, hombre de preclaras ideas en su tiempo, Alexander von Humboldt (1765-

¹ Cintio Vitier. «Latinoamérica: integración y utopía». *Cuadernos Americanos*. Nueva Época, Universidad Nacional Autónoma de México. 7 (6): 42 nov-dic, 1993.

1859) expresara acerca de los hombres nacidos en América, lo siguiente: «Los criollos prefieren que se les llame americanos; y desde la Paz de Versalles, y especialmente desde 1789, se les oye decir muchas veces con orgullo: “Yo no soy español, soy americano”». ² Es evidente que se expresaba de esta forma el *ser americano*, más allá de las fronteras artificiales establecidas por los colonizadores, con vínculos que convergían en un punto común, el área que habitaban. Esta concientización estaba directamente relacionada con las ideas y la necesidad de la unidad, de la unión continental para ser reconocidos como iguales ante la metrópoli

En esta propia línea de pensamiento, se precisa señalar que fueron varias las figuras hispanoamericanas que se consideraron ciudadanos del continente, por ejemplo, el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, quien al referirse a esta etapa (1808-1826) expresa: «En esa época feliz, yo consideraba toda la América como la patria de mi nacimiento». ³

Ese sentimiento de nacionalidad, a partir de una realidad común, sentida y compartida es el que prima entre muchos de los mejores hijos de estas tierras. Según expresa John Lynch, en *Revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, entre ellos se encontraba Juan Martínez de Rozas, que en Chile abogaba por la «unión de América» y la convocatoria a un «congreso para establecer la defensa general». ⁴ También el sacerdote chileno Camilo Henríquez, en un sermón pronunciado en 1811, fue partícipe de esta idea; cuya elaboración más completa fue redactada por el peruano-chileno Juan Egaña, en un proyecto de declaración en que señala: «Es muy difícil que cada pueblo por sí solo sostenga [...] una soberanía aislada [...] los pueblos de América necesitan que [...] se reúnan para la seguridad exterior contra los proyectos de Europa y para evitar las guerras entre sí [...]» ⁵

En esta línea de unidad se expresa la nota enviada por la Junta Gubernativa de Asunción del Paraguay a su homóloga de Buenos Aires, en julio de 1811, donde se consideraba que: «La federación de esta provincia con las demás de Nuestra América [...] debía ser de un interés más inmediato, más asequible, y por lo mismo más natural, como de pueblos no solo del mismo origen, sino que por el enlace de particulares y

² Sergio Guerra Vilaboy. *El dilema de la independencia*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2000, p. 37.

³ Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo. «Raíces de la integración latinoamericana». En: *Historia y perspectiva de la integración latinoamericana*. Asociación por la Unidad de Nuestra América (Cuba), Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (México) y B. Carolina Crisorio (Argentina). México, 2000, p. 51.

⁴ Bartolomé Mitre. *Historia de San Martín y la emancipación americana*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentina Rosso, 1950, t. 1, p. 265.

⁵ Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo. Ob. cit., p. 52.

recíprocos intereses parecen destinados por la naturaleza misma a vivir y conservarse unidos.»⁶

En 1812 el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier proponía: «Un congreso, pues, junto al istmo de Panamá, árbitro único de la paz y la guerra en todo el continente colombiano, no solo contendría la ambición del Principino de Brasil, y las pretensiones que pudiesen formar los Estados Unidos, sino a la Europa toda».⁷

Como se observa, ya esboza la idea de que el istmo de Panamá sea el punto centro para la celebración de un congreso el cual contaría con la representación de todo el continente (colombiano, lo había denominado Miranda) y además advertía sobre el peligro de las ambiciones expansionistas de Estados Unidos.

Otro prócer de la independencia, Bernardo O'Higgins, en su condición de Director Supremo de Chile, recogió estas ideas en su manifiesto del 6 de mayo de 1818, en el que se pronunciaba por crear una Gran Federación de Pueblos de América. Esta idea, ya había sido expresada en 1816 por el Director Supremo de Buenos Aires, Juan Martín de Pueyrredón, en las instrucciones reservadas a José de San Martín, “[...] enviar un Diputado al congreso general de las Provincias Unidas a fin de que se constituya una forma de gobierno general, que toda la América unida en entidad de causas, intereses y objeto, constituya una sola nación».⁸

Otro de los insignes próceres de la independencia hispanoamericana, José de San Martín, fue partidario de la integración, aunque en un sentido menos abarcador y quizás más realista para aquellos momentos, como se evidencia en los documentos de su entrevista con Bolívar en Guayaquil: «El protector aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos como la base esencial de nuestra instancia política. Le parece que Guayaquil es muy conveniente para residencia de la federación. Cree que Chile no tendrá inconveniente para entrar en ella; pero sí Buenos Aires por falta de unión y de sistema. Ha manifestado que nada desea tanto como el que la Federación de Colombia y el Perú subsista aunque no entren otros Estados».⁹

También hubo pronunciamientos de índole integracionista por entidades gubernamentales. Un ejemplo lo constituye la Primera Junta de Gobierno Independiente de las colonias hispanas, que se creó en Caracas el 19 de abril de 1810, y el de la

⁶ Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo. *Ibíd.*

⁷ Joaquín Santana Castillo. *Utopía y realidad de la integración latinoamericana: una reflexión desde su historia*. La Habana, Imagen Contemporánea., 1999, p. 80.

⁸ Sergio Guerra Vilaboy. *Op. cit.*, p. 79.

⁹ *Ibíd.*, p. 54.

Constitución del Reino de Quito, promulgada en 1812. Este último documento determinaba que fuera por la disposición y el acuerdo del congreso general, aquello que representaba y tenía importancia para el interés público de la América toda, o de aquellos estados que tengan interés o quisieran confederarse.

Desde tales antecedentes, se nutrió y se desarrolló el pensamiento más amplio, completo y profundo de los principales propugnadores de la unidad de América Latina, que antecedieron a José Martí, y que el Apóstol cubano desarrolló y proyectó hacia derroteros más complejos, pero indispensables, ya adentrado el siglo XIX.

Pero, para poder comprender y analizar la situación americana derivada de la conquista y colonización del denominado Nuevo Mundo, y estos procesos relacionados con el surgimiento y desarrollo de las ideas de unidad, es preciso tener presentes otros elementos de juicio.

¿Por qué los nuevos imperios europeos aplicaron de manera drástica la política divisionista en sus posesiones coloniales y restauraron una práctica imperial que databa de tiempos inmemoriales? ¿Por qué España, que al término de la dominación morisca acomete la unificación territorial de buena parte de la península ibérica, jamás aplica dicha estrategia en los territorios bajo su dominio?

Después de ocho siglos de ocupación árabe, los reyes de Castilla y Aragón unificaron sus reinos, y establecieron las bases para el surgimiento de una nueva nación, España. En cambio, esta política probada con positivos resultados en el fortalecimiento del nuevo Estado, con toda intención no sería nunca aplicada en sus territorios de Ultramar. Mantener los pueblos separados, enconados entre sí, separados de forma artificial de acuerdo al sistema impuesto por la Metrópoli, propició establecer, mantener y desarrollar la explotación y el sojuzgamiento de los pueblos bajo dominio colonial.

En otro orden, establecieron una fuerte alianza monarquía-iglesia, unidad que consolidó aún más el poder. Con el arribo del europeo a las tierras de América, la suerte histórica de estos territorios ultramarinos quedaba echada en virtud de la emisión de la Bula del Papa Alejandro VI, cuyo nombre de nacimiento era Roderic Llancol Borja (en italiano Borgia), nacido en el reino de Valencia¹⁰, quien hizo el siguiente ofrecimiento a la corona española:

¹⁰ Es oportuno comentar que toda la ascendencia de Alejandro VI es española y no italiana, como parece sugerir su apellido italianizado

[...] Con la autoridad de Dios Omnipotente que detentamos en la tierra y que fue concedida al bienaventurado Pedro y como Vicario de Jesucristo, a tenor de los presentes, os donamos concedemos y asignamos perpetuamente, a vosotros y a los herederos sucesores en los reinos de Castilla y León, todas y cada una de las islas y tierras predichas y desconocidas que hasta el momento han sido halladas por vuestros enviados y las que se encontrasen en el futuro [...] junto con todos sus dominios, ciudades, fortalezas, lugares y villas, con todos sus derechos, jurisdicciones correspondientes y con todas sus pertenencias, y a vosotros y a vuestros herederos y sucesores os investimos con ellas y os hacemos, constituimos y deputamos señores de los mismos con plena, libre y omnímada potestad, autoridad y jurisdicción[...] ¹¹

En efecto, la bula papal fue una donación a perpetuidad, como bien queda postulado en el documento. Así se explicaba y justificaba el despojo de que fueron objeto los pueblos originarios, y la acción de entrar en posesión con libre, omnímada potestad, autoridad y jurisdicción de todas las regiones doblegadas al paso del conquistador. En este y otros documentos como las cartas al rey y las probanzas, quedaba instaurado el discurso de dominación y se enconaban las polémicas sobre la condición de los naturales de estas tierras, que no sería la de vasallos del rey, sino la de siervos.

Bajo estas ideas se asentó el poderío colonial de España en América, potencia que dominó entonces una gran parte del continente, junto a varias islas del Caribe, sobre todo las grandes Antillas, Cuba, La Española y Puerto Rico.

1.2. Antecedentes de Martí: Miranda y Bolívar.

Antes de alcanzar el ideal de unidad, base de la integración latinoamericana y de la consecución del proyecto continental que la misma entraña, tal como este proyecto hoy se presenta, los pueblos latinoamericanos y caribeños transitaron un cruento camino de vicisitudes y escribieron páginas que aluden a una historia común, y al mismo tiempo a una historia dramáticamente diferente o desencontrada. Si muchas veces se extravió el camino, al final, y con dolorosos esfuerzos, los pueblos de cada región alcanzarían el

¹¹ Primera bula Inter Caetera. Bula de donación de Alejandro VI a los Reyes Católicos, 3 de mayo de 1493. En: www.mgar.net/docs/caetera.htm

rumbo cierto, al vislumbrar que solo en la unidad y en la integración estaría la posibilidad de conquistar la autodeterminación y la soberanía.

El ideal de unidad fue incipiente, y sin la suficiente coherencia y pujanza en los primeros siglos de dominación colonial, antes de hacerse explícito y prevalecer en el ideario patriótico de los forjadores de la independencia nacional de los territorios coloniales de ultramar.

Esta concepción unitaria se gestó en tiempos anteriores a la independencia, y cobró mayor fuerza en el contexto de la lucha por la emancipación. En su esencia, las acciones consecuentes que propicia, adoptadas en diferentes regiones, desde diversas posiciones políticas, tendencias ideológicas y enfoques clasistas, se orientan a contrarrestar la política divisionista y toda restricción impuesta por España para retardar u obstaculizar el progreso y cualquier intento de cambio; alcanzar la transformación de su situación y lograr el debilitamiento de los mecanismos de dominación y avasallamiento en los virreinos y demás colonias.

El divisionismo como política del Estado español, impuesta de forma deliberada, encontraba también un factor favorable, no solo en la existencia de sociedades formadas por muy diversos estratos, sino en la dimensión del espacio geográfico continental. Eran grandes los inconvenientes debido a las enormes extensiones territoriales de los países iberoamericanos, a las amplias barreras naturales y a las escasas o inexistentes vías de comunicación terrestre. Esta realidad explica la posición de Francisco de Miranda en el sentido de la necesidad de la existencia de una vía interoceánica, idea que tuvo ecos posteriores en otras personalidades de América Latina.

Fue precisamente Francisco de Miranda¹², sin lugar a dudas, el precursor de los ideales de independencia en contra de la metrópoli española, pues ya en marzo de 1790 redactó en Londres, para ser presentado al gobierno inglés de William Pitt, su primer plan para la formación, organización y establecimiento de un gobierno libre en América meridional, con un monarca que se denominaría Inca¹³, quizás con la pretensión de legitimar nominalmente en su documento, la presencia de las antiguas formas de gobierno del imperio incaico.

¹² La obra escrita de Francisco de Miranda comprende un vasto archivo de documentos conocidos como *La Columbeia*, que reúne cartas, manifiestos, proclamas, ideas de gobierno, planes militares que expresan el inquebrantable proyecto de libertad sudamericana que encontró en él, a uno de sus representantes más comprometidos y perseverantes.

¹³ Según el plan mirandino, además de esta denominación, el resto de las principales autoridades a instalar en el gobierno de los territorios liberados del colonialismo español, tendrían apelativos precolombinos.

El venezolano es también el precursor de la idea de Patria continental al considerar a su América como un todo, pues en su conjunto, al estar bajo el colonialismo español, estaba urgida de alcanzar su independencia, y es por esta causa que el 22 de diciembre de 1797 se firma el Acta de París, en la que se preveía la formación de un cuerpo representativo continental, documento que también fue rubricado por José del Pozo y Manuel José de Salas «comisarios de la Junta de Diputados de las provincias de América meridional». ¹⁴

Con idéntico fin, al año siguiente fundó Miranda, en Londres, las primeras sociedades secretas hispanoamericanas. En la Logia Gran Unión Americana, Miranda educó en el espíritu de la independencia a figuras como Bernardo O'Higgins, Antonio Nariño, Carlos Montúfar, Vicente Rocafuerte, Carlos M. de Alvear, Andrés Bello, Manuel Moreno, Tomás Guido, José de San Martín y Simón Bolívar. ¹⁵

Persistente en sus propósitos, dio a conocer en 1801, su bosquejo de gobierno provisorio en que plasma la creación de una asamblea hemisférica que se llamaría «Dieta Imperial», la que tendría la responsabilidad de legislar para toda la federación americana. Y en ese mismo año, entregó, a solicitud del premier inglés, Henry Addington, su Proclama a los Pueblos del Continente Colombiano (alias Hispano-América), una propuesta de gobierno independiente para la América meridional.

Se aprecia cómo, desde las primeras formulaciones de su proyecto emancipador, Miranda concibe ya la creación de un solo Estado sudamericano independiente, que gobernaría al conjunto de posesiones del imperio español en esta parte del hemisferio. En otras palabras, la idea de la unión americana es inseparable, en Miranda, de la idea de la independencia de las colonias hispanoamericanas.

Los esfuerzos de Miranda para lograr la independencia de la América hispana se llevaron a la práctica en una serie de intentos fallidos. El 27 de abril de 1806 realizó un esfuerzo por apoderarse de la isla Margarita, logró desembarcar, aunque no mantenerse. El 3 de agosto del propio año logró llegar a La Vela de Coro, donde tomó un fortín e izó la bandera de Colombia, por vez primera en territorio hispanoamericano. En la Proclama emitida en esa ocasión, entre otras cuestiones, plantea consideraciones de justicia social avanzadas, ejemplifica el proceso liberador en otros pueblos e indica, y a partir de esto último, y refiriéndose a la América hispana expone: «[...] ¿por qué pues nosotros que por lo menos somos 16 millones no lo ejecutaríamos fácilmente,

¹⁴ Sergio Guerra Vilaboy. Op. cit., p. 44.

¹⁵ Sergio Guerra Vilavoy. «El dilema de la independencia». Op. cit., pp. 36-37.

poseyendo, además de ello, el continente más fértil, más inexpugnable y más rico de la tierra? El hecho es que todo depende de nuestra voluntad solamente, y así como el querer constituirá indubitadamente a la independencia, la unión nos asegurará permanencia y felicidad perpetua [...]»¹⁶

A pesar de las buenas intenciones de Miranda y de sus huestes, y de las ideas justas enarboladas en el texto de la Proclama, no hubo recepción ni apoyo por parte de los habitantes de Coro, por lo que se vieron obligados a reembarcarse y regresar a las Antillas, diez días después.¹⁷ Allí en Coro, aunque estaban dadas las condiciones objetivas, no estaban creadas aquellas de carácter subjetivo, suficientes y necesarias, como la falta de líderes locales, y por tanto, de organización, para hacer llegar a las masas el mensaje de aquel propósito liberador continental.

Los intentos de Miranda dirigidos a promover acciones armadas que condujeran a la obtención de la independencia, no concluyeron con éxito. Pero, como precursor del propósito liberador, expuso una idea esencial que asumieron también otros próceres de la liberación latinoamericana: la necesidad de una América hispana unida para poder sacudir el yugo colonial español y lograr su desarrollo en libertad.

Las concepciones de Francisco de Miranda sobre la unidad, la que consideraba indispensable para alcanzar sus objetivos, aparecen como afirmaciones categóricas en su extensa obra escrita, como en su texto de 1801, *Proclama*, dirigida a sus compatriotas, a los que exhorta a la unión de todos, sin distinciones de ningún tipo, porque estas perjudicarían los intereses patrios, y beneficiarían los de «[...] la tiranía, cuyo (sic) objeto es dividir los intereses de los esclavos para dominarlos unos por otros [...]»¹⁸ Y continuaba su alegato: «[...] todos estamos injuriados del mismo modo, unámonos (sic) todos en la grande obra de nuestra común libertad [...]»¹⁹

Por esta obra común continuó su lucha, con una persistencia casi apostólica, con la exhortación a sus compatriotas, como plasmó en el documento, *A los pueblos del*

¹⁶ Francisco de Miranda. Documentos fundamentales. Caracas. Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1992. En *Proclama a los Pueblos del Continente Américo-Colombiano*, p. 141.

¹⁷ Las causas de este fracaso pudieron haber estado dadas por el temor de los habitantes a la represión del colonialismo español en Venezuela, la que se había manifestado diez años antes en esa región al ahogar en sangre la insurrección de esclavos, mulatos y negros libres de Coro dirigida por José Leonardo Chirinos* y también porque, como enunciara José Martí, «[...] no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa». J. Martí. *Obras Completas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, t. 9, p. 388.

¹⁸ Francisco de Miranda. Proclama. En: *Documentos fundamentales*. Selección y prólogo de Elías Pino Iturrieta. Caracas, Biblioteca Ayacucho. 1992, p. 95.

¹⁹ *Ibidem*.

*Continente Colombiano (alias Hispano-América)*²⁰, suscrito ese mismo año, en medio del fragor de hacer conciencia sobre la importancia de la unión en una lucha que no se hacía para establecer una tiranía por otra, sino que se luchaba por alcanzar la libertad y para lograrla era necesario juntarse bajo la bandera patria.

En otro documento importante, *Proclama a sus amigos y compatriotas*, de paso por Trinidad, rumbo a isla Margarita, en julio de 1806, en medio de circunstancias adversas, explicita cómo son estas condiciones, y cómo pueden ser estos trances elementos catalizadores de la unidad, y así lo señala «[...] los peligros y dificultades siempre han de unir de los hombres [...]».²¹

Su reflexión se basa en que lo que ha podido comprobar, ya que pudo constatar que la opinión de la población de los lugares visitados era favorable a la independencia, si esta se les ofrecía con justicia y si se le respetaba el derecho de culto.

Los habitantes de esos territorios le pedían condiciones a la independencia que aún no tenían, pero Miranda sabía que para satisfacerlos lo primero era unirse, porque de lo contrario, si este propósito no se alcanzaba «[...] con la desunión correría riesgo [...] nuestra salvación e Independencia» (sic)²²

En este documento Miranda exhortaba a la unidad, porque consideraba que era un buen momento que eran necesario aprovechar, era una coyuntura favorable, cuando España se encontraba sin la presencia del rey, depuesto por la invasión francesa, y que se debía tomar el gobierno en las provincias de Hispanoamérica, no desaprovechar esa oportunidad de marchar unidos hacia la independencia.

Pero no solo para alcanzar este objetivo era indispensable la unidad. Miranda persistía en su afán de aunar voluntades, y con este propósito el 24 de julio de ese mismo año, envió una carta a los magistrados de Buenos Aires, en la que, a tenor de los acontecimientos ocurridos en esas ciudades con la escuadra inglesa, abogaba porque pudieran alcanzar la «[...] unión indispensable [...]» la que revestía gran importancia no solo para ellos sino, «[...] para el género humano en general».²³

²⁰ Francisco de Miranda. A los pueblos del Continente Colombiano (alias Hispano-América). Op. cit., p. 96.

²¹ Francisco de Miranda. Proclama al paso por Trinidad. Op. cit., p. 140.

²² Francisco de Miranda. Carta al Señor Marqués del Toro. Londres, julio 20, 1808. Op. cit., p. 147.

Para ampliar sobre el Marqués de Toro ver: Mariano Picón Salás. Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica. Santiago de Chile. Biblioteca Americana. Vol. no. XVIII. 1935, p. 72 y siguientes.

²³ Francisco de Miranda. *Carta a los Magistrados de Buenos Aires*. Londres, 24 de julio de 1808. Op. cit., p. 149.

Es elocuente la sentencia latina que utiliza para la despedida de la citada carta, donde señala: «*Concordia res parvae crescenti discordia maximae dilabuntur*», que en español significa: «Con la concordia crecen las pequeñas cosas; con la discordia perecen las mayores».²⁴

Y consecuente con este principio de validez universal, también envía, en igual fecha, esta comunicación al Ilustre Cabildo de la Ciudad de Buenos Aires, y le recomienda que la remita a los Reinos de Perú, Quito y Chile.

Esta línea de pensamiento unitario también está presente en textos anteriores, como en su Proclama a los Pueblos del Continente Américo-Colombiano, dirigida a Valerosos Compatriotas y Amigos, fechada en el Cuartel General de Coro, a 2 del mes de agosto de 1806, donde razona acerca de que, los pueblos del continente, tienen las condiciones objetivas suficientes para triunfar, que es imprescindible esta convicción, y por eso les expresa:

[...] ¿Por qué [...] nosotros que por lo menos somos 16 millones de habitantes [...] con el [...] Continente más fértil, más inexpugnable, y más rico de la Tierra no podemos sacudir el yugo? [...] El hecho es que todo depende de nuestra voluntad y así como el querer constituirá indudablemente nuestra independencia, así la Unión (sic) nos asegurará permanencia y felicidad perpetua; ¡Quiéralo así la Divina Providencia para alivio de nuestros infelices compatriotas, para amparo y beneficio del género humano.²⁵

Esta idea de la unidad para que la libertad se sostuviera en el tiempo, constituye concepto medular en el pensamiento mirandino, y así se ha presentado en textos analizados con anterioridad. La unidad de todos los hispanoamericanos para lograr el bienestar de todos los habitantes de la patria continental. Él insiste en tal sentido al dirigirse al Cabildo y Ayuntamiento de Coro, para que estos ayudaran a concertar las medidas «[...] para preservar la paz, la Unión (sic) y la felicidad del pueblo Hispano-Americano.»²⁶ También esta idea es el motivo de la carta que dirige, en igual fecha, al Ilm. Sr. Obispo de Mérida, pidiéndole que «[...] proporcionando una explicación amical

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ Francisco de Miranda. *Proclama a los Pueblos del Continente Américo-Colombiano*. Cuartel General de Coro, 2 del mes de agosto de 1806. Op. cit., p. 142.

²⁶ Confróntese: Al Cabildo y Ayuntamiento de Coro. Cuartel General de la Vela de Coro a 3 de agosto de 1806. En: Francisco de Miranda. Op. cit., p. 144.

podamos concertar las medidas necesarias para preservar la paz y la Unión (sic) de sus feligreses y del Pueblo Hispano-Americano».²⁷

Aun fracasados sus intentos concretos por desarrollar un movimiento que culminara en la independencia, en 1811, todavía Miranda insistía en la necesidad de la unidad para alcanzar la victoria. El prócer exhortaba, al dirigirse a la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada, a lograr «[...] una reunión política entre el Reino de Santa Fe de Bogotá y la provincia de Venezuela, a fin de formando juntos un solo cuerpo social gozaremos ahora de mayor seguridad y respeto y en lo venidero de gloria y permanente felicidad.»²⁸

En resumen, la piedra angular del pensamiento mirandino descansa sobre la base de la unidad, en la estrategia, en la táctica, en la ideología de los combatientes y en los pueblos que serán además de protagonistas, beneficiarios de la libertad que solamente sería sostenible mediante el logro de la Unidad. Los hechos posteriores en Venezuela confirmaron esta aseveración.

Simón Bolívar

Otro latinoamericano imprescindible en la lucha por la unidad es Simón Bolívar, quien dedicó su vida a la lucha por liberar Hispanoamérica del colonialismo español. Desde su juramento en el Monte Sacro en Roma, el 15 de mayo de 1805, acompañado por su maestro y amigo, Simón Rodríguez, data su compromiso por la liberación de la América Meridional, que convirtió en acción incesante contra todo obstáculo, hasta el fin de sus días.

Su labor como ejemplar jefe militar, se puede parangonar con su monumental obra escrita, y su poder de análisis para vislumbrar la realidad de los hechos, trazar estrategias y actuar en consecuencia, indispensable consulta cuando se trata de comprender la realidad americana de entonces, la necesidad de obtener la independencia y las vías para alcanzar ese objetivo.

Avalan estos conceptos documentos como su, «Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un Caraqueño (sic)», conocida también como

²⁷ Francisco de Miranda. Carta Al Ilm. Sr. Obispo de Mérida. En el Cuartel General de la Vela de Coro, a 3 de agosto de 1806. Op. cit., p. 145.

²⁸ Francisco de Miranda. A la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada, 22 de enero de 1811. Op. cit., pp. 154-155.

«Manifiesto de Cartagena»²⁹ que tiene como objetivo alertar a Nueva Granada para que no cometa los errores, que según sus criterios, llevaron al fracaso de la primera república venezolana, entre los que destaca, en primer lugar, «[...] la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía [...]»³⁰

Bolívar evaluaba como positivo el sistema federal, como uno de los más perfectos, para que existiera en la sociedad la felicidad humana, pero este era inapropiado para las repúblicas nacientes en las que sus «[...] ciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos [...]»³¹ Y era lógico que esto fuera así, porque la metrópoli, al haber desconocido los derechos y deberes de los ciudadanos no les había permitido que adquirieran estas virtudes, imprescindibles, para que la constitución de un gobierno de esta naturaleza tuviera éxito.

También señalaba el Libertador, como otros factores decisivos para la derrota «[...] el espíritu de misantropía [...] de nuestros gobernantes [...] la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la República y repeliese a los españoles [...] el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro».³²

Todos estos resultados en el orden objetivo, los expone guiado en su interés de que parte de su gran patria americana (Nueva Granada) evaluara y actuara en consecuencia en el plano interno, pero Bolívar va más allá, y propone «[...] como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de Caracas [...]»³³, pues de esa manera, unidos en libertad, estos territorios y muchos otros más, podría la América Meridional enfrentarse con éxito al colonialismo español.

Otro texto donde se aprecia la claridad en su análisis acerca de la América Nuestra, es el conocido como «Carta de Jamaica», fechada el 6 de septiembre de 1815, cuando Bolívar se encontraba refugiado en Kingston, y que también se denomina,

²⁹ Confróntese: Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un Caraqueño (sic). Cartagena de Indias, diciembre 15 de 1821. En: Simón Bolívar. Obras Completas. La Habana, Cuba. Editorial Lex. 1947, pp. 999-1006.

³⁰ *Ibíd.*, p. 1001.

³¹ *Ibíd.*, p. 1002. El terremoto sirve a la iglesia católica para la exacerbación del fanatismo religioso en función de sus intereses

³² *Ibíd.*, p. 1003.

³³ *Ibíd.*, p. 1004.

*Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*³⁴ o *Carta a un caballero que tomaba gran interés en la causa republicana de la América del Sur*.

Este caballero, Henry Cullen, le había solicitado datos sobre el territorio que llamaba América Meridional, pero Bolívar, que para ofrecérselos se había apoyado en los estudios estadísticos del barón Alexander von Humboldt, se extiende en otras consideraciones, por ejemplo: «[...] que dieciséis millones de americanos defienden sus derechos [...]»³⁵ y abunda sobre que Cuba y Puerto Rico podrían llegar a tener hasta ochocientos mil habitantes, y aunque de todas las colonias hispanas en América estas eran las más tranquilas, deseaban también su bienestar, y que su condición de insulares no los exoneraba de ser vejados de igual forma que los territorios de tierra firme.

Bolívar le expresa que la victoria independentista era inevitable, y que el futuro de América, después de concluido el dominio colonial español, puede que siga el derrotero del imperio romano, que cuando se desplomó, cada parte desmembrada formó su sistema político acorde a su situación e intereses, o guiada por la ambición egoísta, de algún jefe o de algunas familias.

Él analiza que «[...] América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli como súbitamente sucedió [...]»³⁶, porque no contaba con los mecanismos adecuados y la preparación suficiente de legislares, diplomáticos, administradores de erario, magistrados, entre otros, que fueran capaces de constituir un Estado que fuera libre, no solamente de derecho, sino de hecho.

Precisamente, al basarse en esta deficiente preparación cultural y política, y además por falta de experiencia en estas lides, es que aborda como posible la desmembración de América, cuyas repúblicas, que era el estatus por él deseado, fueran libres de España, pero estarían expuestas a los mayores peligros de ser absorbidas por cualquier imperio que así lo desease. Es por esto que aboga por la unión de todos estos países libres, en una confederación que hiciera de todo el continente una sola nación basada en factores de unidad: origen, lengua, costumbres y religión «con un solo vínculo que ligue las partes entre sí y con el todo [...], por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los distintos Estados que hayan de formarse».³⁷

³⁴ Confróntese: *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*. Kingston. 6 de septiembre de 1815. En: Simón Bolívar: «*Carta de Jamaica*» repositorioeduc.ar/repositorio/DOWNLOAD/file?file_id=4edc0e03-7a08-11e1-8187-ed15e3c494af&rec_id=91694.

³⁵ *Ibíd.*

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ Simón Bolívar. «*Carta de Jamaica*». *Op. cit.*

Esta idea acerca de que América debía estar regida por un gobierno centralizado, alegándose que toda ella constituye un todo homogéneo, como idea es grandiosa, pero en la práctica adolece de varias inexactitudes que se explican a partir de que Bolívar toma como único elemento de identidad el hecho de que todos los países, comarcas o regiones de Hispanoamérica fueron descubiertos, conquistados y colonizados por españoles, pero no le fue posible, dadas las limitaciones impuesta por su tiempo, tomar en cuenta las diversidades etno-culturales de todo este ámbito continental.

Esta diversidad hizo de la América nuestra un sub-continente mestizo, de identidades disímiles y al parecer contradictorias, aunque no es enteramente así porque el hombre es uno, por el simple hecho de pertenecer al género humano. Pero tratar de gobernar tantos cuerpos diferentes con una sola cabeza, era punto menos que imposible, como lo demostró la práctica.³⁸

No obstante, Bolívar piensa que la formación de esta unión no puede ser inmediata, sino que su materialización podría llevarse a la práctica en el futuro, por lo que al respecto señala como un vaticinio: «Esta especie de corporación, [...] podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración [...] Seguramente es la unión la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración».³⁹

En este texto medular de la literatura bolivariana, también el prócer explicita las diferencias existentes entre la América meridional y Estados Unidos, y además expresa su gran sueño, el de formar una gran nación desde Texas a la Patagonia.

La primera materialización de las ideas bolivarianas sobre la unidad tuvo lugar con la fundación de la República de Colombia, el 17 de diciembre de 1819, durante el Congreso de Angostura que, a propuesta del Libertador, proclamó la unión de Venezuela y Nueva Granada, en un nuevo país, la República de Colombia, de la que proclamaría parte también, el territorio de Quito, hecho que fue promulgado el 30 de agosto de 1821, durante del Congreso de Cúcuta, habiéndose constituido así la Gran Colombia, y a la que solicitó su incorporación Panamá, que proclamó su independencia el 28 de noviembre de ese propio año, y el Estado Independiente de la Parte Española de Haití, declarado independiente el 1º de diciembre, también en 1821, y que envió un

³⁸ Para ampliar véase al respecto: Discurso en honor a Venezuela pronunciado en la Sociedad Literaria Hispanoamericana, Nueva York, 5 de mayo de 1892. En: José Martí. *Obras Completas*, t. 7, p. 294.

³⁹ Simón Bolívar. «Carta de Jamaica». Op. cit.

representante para pedir a Bolívar que fuera admitida la incorporación de Santo Domingo a la gran República de Colombia.

Bolívar debió sentirse alentado ante tales actitudes. El también albergó, con posterioridad, el proyecto de la Confederación de los Andes, que había concebido para agrupar todas las colonias españolas liberadas por sus ejércitos y que deberían estar regidas por la original Constitución vitalicia, o Código bolivariano, muy diferente al modelo estatal norteamericano y al inglés.

Sergio Guerra Vilaboy, el 17 de agosto de 1826, Bolívar propone la unión norandina. Así, en carta a Santander, vicepresidente de la Gran Colombia, el Libertador revela su plan de crear una federación o unión de estados norandinos con los territorios liberados por sus tropas, «[...] para no ver perderse la obra de nuestros sacrificios y de nuestra gloria». La federación, [...] más estrecha que la de los Estados Unidos [...], debía unir en base a la constitución bolivariana a Colombia, Perú y Bolivia y [...] llevará el nombre que se quiera; habrá una bandera, un ejército y una sola nación».⁴⁰

Como se observa, Bolívar se había impregnado del concepto de que para mantener la costosa independencia política, con sus consecuentes reivindicaciones sociales, era imprescindible lograr la unidad sobre la base de los principios de equidad por los cuales habrían de combatir durante tantos años.

Esta unión norandina no pudo materializarse, si se hubiera producido, otros hubieran sido los destinos de estos pueblos, pero fue uno más de los tantos intentos unitarios de Bolívar que, sin dudas, constituyen la proeza heroica de un hombre extraordinario, que no llegó a conseguir sus más profundas aspiraciones para los pueblos de la América hispana.

La máxima expresión de los esfuerzos de Bolívar para lograr una unidad más extensa y sólida, fue el Congreso Anfictiónico de Panamá, a cuyos preparativos se dedicó en cuerpo y alma, a pesar de sus enormes responsabilidades en otros frentes. Ya, desde 1821, venía dando pasos concretos para tratar de concertar tratados bilaterales, de unión, amistad y confederación perpetua. Así, y a partir del próximo año, Colombia los materializó con Perú en 1822, con Chile también en ese año, con Buenos Aires en 1823 (solo de amistad), con México en 1823 y con América Central en 1825.

Estos pactos estipulaban ayuda mutua y acciones conjuntas para rechazar cualquier amenaza a la libertad de los países miembros por parte de España o cualquier

⁴⁰ Sergio Guerra Vilaboy. *Cronología del Bicentenario*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010, p. 146.

otra potencia e incluían, con excepción del firmado con Buenos Aires, cláusulas similares en los contenidos referidos al futuro Congreso Anfictiónico de Panamá.⁴¹

En este cónclave tenía Bolívar cifradas sus esperanzas acerca de la concreción de sus ideas de unidad latinoamericana para lograr, en definitiva, el bienestar de todos con la cooperación y el respeto entre todos. Es conveniente señalar que en texto, *Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá*,⁴² Bolívar expone que este congreso reuniría a «[...] todos los representantes de la América y un agente diplomático del gobierno de S.M.B. [...]»⁴³

Bolívar consideraba conveniente, y en aquel momento necesaria, la presencia de Inglaterra, por múltiples razones, entre ellas el fortalecimiento de los países, antes colonias españolas, que evitaría una nueva reconquista por parte de España, la que, apoyada por la Santa Alianza, constituía un peligro permanente; vendría a ser la garantía de la sostenibilidad de la libertad, la que había sido conquistada a tan alto precio, en las luchas emancipadoras, y contribuiría a mantener la paz; sus relaciones comerciales serían mutuamente ventajosas y para Inglaterra, la América vendría a constituir el punto central de sus relaciones, y las de Europa además, con el Asia. Con esta estrategia política, el pensamiento bolivariano se muestra consecuente con la realidad del momento histórico.

La aspiración de Bolívar se evidencia con claridad cuando expresa en este texto:

Este congreso parece destinado a formar la liga más vasta, o más extraordinaria o más fuerte que ha aparecido hasta el día sobre la tierra. [...] el Nuevo Mundo se constituirá en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente, el orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados, y dentro de cada uno de ellos [...] ninguno sería débil con respecto al otro: ninguno sería más fuerte [...] un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero orden de cosas [...] la fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones

⁴¹ Anfictiónico: Del griego relativo a vecino, en este caso con intereses comunes.

⁴² Simón Bolívar. «Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá». 1826. Publicado en Washington por Vicente Lecuna en 1916, como obsequio a los Delegados al Segundo Congreso Científico Panamericano. En: Simón Bolívar. *Obras Completas*. Ministerio de Educación Nacional de los Estados Unidos de Venezuela. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señorita Esther Barret de Nazario. Volumen II. La Habana, Cuba. Editorial Lex., 1914, pp. 1214 y 1215.

⁴³ Las siglas S.M.B significan Su Majestad Británica.

anárquicas [...] así como las diferencias de origen o de colores perdería su influencia y poder [...]⁴⁴

El Congreso Anfictiónico de Panamá no pudo materializar las ideas unitarias de Bolívar. La mentalidad estrecha de los enviados al cónclave, que no pudieron ver con suficiente claridad lo necesario de la unidad de todos para mantener la libertad y el bienestar de todos, protagonizada por todos, impidió que este se pronunciara con la pertinencia que exigían los intereses americanos.

Bolívar evaluó con precisión, no exenta de amargura, el resultado de este Congreso en dos textos memorables. En una carta a José Antonio Páez expresó: «El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los barcos que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos: nada más».⁴⁵ Este excelente análisis refleja cómo los acuerdos que allí se tomaron constituyeron letra muerta por su inviabilidad debido, entre otras cuestiones, a su no ratificación por parte de varios gobiernos.

Más rotunda aún, es la opinión expresada en carta a Briceño Méndez, en la que dice: «He leído los tratados celebrados en Panamá y voy a darle a Ud. francamente mi opinión. El convenio sobre el contingente de tropas, es inútil e ineficaz. La traslación de la Asamblea a México va a ponerla bajo el inmediato influjo de aquella potencia, ya demasiado preponderante, y también bajo el de los Estados Unidos del Norte».⁴⁶

Cuánta razón tenía Bolívar, la práctica histórica futura demostró que, aunque el Congreso Anfictiónico de Panamá constituyó un hito en el largo proceso hacia la unidad, no tuvo el éxito que debió haber tenido, y entonces los destinos de la América habrían sido otros.⁴⁷

A Bolívar el concepto de unidad lo acompañó hasta su último aliento, así lo plasma siete días antes de dejar de existir físicamente, en su documento: *A los pueblos de Colombia* donde escribió: «Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión

⁴⁴ Simón Bolívar. Un pensamiento sobre el Congreso de Panamá. Op. Cit., pp. 1214-1215

⁴⁵ Carta de Simón Bolívar a José Antonio Páez. 8 de agosto de 1826. En: Simón Bolívar. O. C. t. II. p. 459.

⁴⁶ Carta de Simón Bolívar a Briceño Méndez, 14 de septiembre de 1826. En: Simón Bolívar. O. C. t II, p. 471.

⁴⁷ Para ampliar consúltese: Germán A. de la Reza. «El Congreso Anfictiónico de Panamá. Una hipótesis complementaria sobre el fracaso del primer ensayo de integración Latinoamericana. Araucaria», *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*. Nº 10. Sevilla, España. Segundo Semestre de 2004.

[...] Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos [...] y consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro»⁴⁸.

¿En qué medida estarán en deuda los países de la América Nuestra con el pensamiento unitario de Bolívar? ¿Tendrá la América Nuestra suficiente visión, firmeza, altruismo y sentido de pertenencia para jugar su papel protagónico y comprender el lenguaje metafórico martiano en su discurso pronunciado en honor a Simón Bolívar?: «[...] así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear con el inca al lado y el haz de banderas a los pies, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía»⁴⁹

1.3. Otras voces precursoras de la unidad latinoamericana

Otra figura descolante del pensamiento de unidad latinoamericana fue el hondureño José Cecilio del Valle, el que dejó plasmadas sus ideas en varios documentos, entre ellos, «Proyecto de Confederación Americana: soñaba el abad de San Pedro y yo también sé soñar»,⁵⁰ verdadero programa para llevar a la práctica sus ideales.

En este texto queda explicitado que al mencionar América habla, de lo que denomina América Española, la que considera dividida en dos zonas: la América Septentrional constituida por Nueva España (México), Guatemala, San Salvador, Comayagua (Honduras), León (Nicaragua) y Panamá; y la América del Sur: Granada (Nueva Granada), Caracas (Venezuela), Buenos Aires (Argentina) y Chile.

Expone como algo significativo lo que ocurrió en la América española, donde los países del Sur alcanzaron más rápidamente la independencia, antes de la septentrional, cuando para él en otros continentes los norteños tuvieron siempre la primacía.

⁴⁸ Simón Bolívar. «A los pueblos de Colombia», Hacienda de San Pedro, en Santa Marta, 10 de diciembre de 1830. En: *Ideas Políticas y militares. 1812-1830*. Buenos Aires, W. M. Jackson Inc. Editora, 1946, pp. 405-406.

⁴⁹ José Martí. Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana el 28 de octubre de 1893. En: *Obras Completas*, t. 8, p. 243.

⁵⁰ José Cecilio del Valle. «Proyecto de Confederación Americana. 1822. Soñaba el Abad de San Pedro: y yo también sé soñar». *El amigo de la Patria*, Núm. 24, marzo 1º de 1822. En: José Cecilio del Valle. *Obras Escogidas*. Caracas, Venezuela, Biblioteca Ayacucho. 1982, pp. 232-235. (José Cecilio del Valle tradujo del francés el texto: Proyecto de paz universal entre los potentados de Europa, escrito por el abad de San Pedro, quien planteaba que los países europeos constituían una sola sociedad, no perfecta, donde se suscitan divisiones y guerras, y propone crear una dieta general, cuya función fundamental sería evitarlas. El abad consigna los cinco artículos que él consideraba establecerían las bases para materializar este proyecto.

Se duele al constatar que los países del Norte, habían enviado auxilio para ayudar al colonialismo español en su lucha contra los países del Sur que luchaban para liberarse. Valle considera, además, que no hubo simultaneidad en la causa justísima de la independencia y atribuye a este hecho, que España estuviera más fortalecida para enfrentar a los suramericanos.

Resulta muy interesante su criterio al respecto cuando enfatiza en la importancia de la unidad de tiempo: «La unidad de tiempo es en los grandes planes lo que multiplica la fuerza y asegura el proceso; la que hace que dos, tengan más poder que un millón. Cien mil fuerzas obrando en períodos distintos, solo obran como uno. Diez fuerzas obrando simultáneamente, obran como diez [...]»⁵¹

Advertía Del Valle, sobre un peligro que se cernía sobre las nacientes repúblicas, que aunque recién liberadas, si continuaban separadas, si unas no tuvieran conocimiento de las otras, no se podría pensar en la sostenibilidad de la independencia, porque para que esta fuera efectiva, debía existir unidad entre todos los países hispanoamericanos, porque aunque «[...] América se dilata por todas las zonas forma un solo continente, los americanos está diseminados por todos los climas, pero deben formar una familia.»⁵²

Esta idea, que la América es una sola familia ligada por intereses recíprocos, es reiterada por otros pensadores hispanoamericanos a lo largo de los siglos XIX, XX y en lo transcurrido del XXI.

También Del Valle llama la atención sobre la estrategia de Europa, la que ante asuntos que lo requieran «sabe juntarse en congreso» y se pregunta «[...] América no sabrá unirse en cortes cuando la necesidad de ser o el interés de existencia más grande la obligan a congregarse[...]»⁵³

Esta valoración es cardinal, pues la práctica, a través de la historia, ha demostrado que cuando existe unión alrededor de una organización poseedora de un proyecto realista y armónico, se logran los objetivos propuestos. Del Valle expresa en ocho puntos sus deseos de unidad latinoamericana, los que constituyen a la vez un plan efectivo, obsérvese en cada uno de ellos sus ideas medulares, caracterizadas por su objetividad y proyección coherente.

⁵¹ José Cecilio del Valle. Op. Cit., p. 233.

⁵² *Ibidem*.

⁵³ *Ibidem*.

Así, considera que debiera constituirse un Congreso General, donde se plasmasen los derechos de los pueblos, y además propone para sede del mismo un lugar a escoger entre Costa Rica y Nicaragua. En este punto critica a las dietas europeas, en las que prevalecen «[...] los intereses de los funcionarios y no los de los pueblos.»⁵⁴

Con posterioridad aborda que este Congreso General debe estar constituido por representantes de cada uno de los territorios y una y otra América, plenamente facultados para opinar y hacer de los importantes asuntos a tratar en dicho cónclave.

En los acápites siguientes plasma lo que para él constituyen objetivos que deben alcanzarse, y los que por su coherencia se transcriben a continuación:

«Trazar el plan más útil para que ninguna provincia de América sea presa de invasores externos, ni víctima de divisiones intestinas [...] y formar el plan más eficaz para llevar las provincia de América al grado de riqueza y poder a que puedan subir».⁵⁵

Del Valle consideraba que, para materializar estos objetivos, debía constituirse: «[...] La federación grande que debe unir a todos los estados de América; y el plan económico que debe enriquecerlos».⁵⁶

En otro acápite consignaba aspectos éticos y económicos. En el plano ético se refería a la importancia de la imprescindible solidaridad, y la no injerencia en los asuntos internos de cada país. Mientras, en el plano económico, patentiza la concreción que debe tener este tipo de pacto.

Así mismo, abogaba, entre otros aspectos, por lo beneficioso que sería la creación de la marina, por ser necesaria para acercar la América a los restantes países del Globo.

Este texto, «Proyecto de Confederación Americana. Soñaba el abad de San Pedro y yo también sé soñar», puede catalogarse como avanzado, analítico y equilibrado, entre otros textos que abordan la temática de la necesaria unidad en América para lograr la independencia.

La concepción unitaria de José Cecilio del Valle, también estuvo presente en otros próceres, como ya se ha abordado, entre ellos el más destacado Simón Bolívar, pero Del Valle no era conocedor de este particular.

Fue Bernardo Monteagudo⁵⁷ quien, durante su estancia en Guatemala a finales de 1823,⁵⁸ conoció los escritos de Del Valle y quiso imprimir su Proyecto de

⁵⁴ José Cecilio del Valle. Op. Cit., p. 234.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ *Ibidem*.

Confederación Americana, texto que reconoce como antecedente para redactar su ensayo, «Sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización»⁵⁹. En este documento hace un acertado análisis sobre los peligros a que estaban expuestas las antiguas colonias hispanas en América, si no lograban comprender la necesidad de su unión y la mejor forma de materializarla.

Expone como un hecho posible que la Santa Alianza, basándose en el principio de legitimidad, intentara la reconquista de la América antes española, y que además, para lograr sus propósitos podrían utilizar medios como la seducción y la intriga, en países donde España había dejado su secuela: divisiones internas, y falta de visión para identificar a sus enemigos y para descubrir sus propósitos. Monteagudo aboga por un «Congreso de plenipotenciarios [...] que fuera depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados y que pueda cumplir ambas, sin demora, donde quiera que la independencia esté en peligro [...]»⁶⁰ Esta recomendación la realiza al tener en consideración que las enormes distancias que separaban a los países hispanoamericanos dificultarían hacer las consultas necesarias para la toma de decisiones de carácter urgente, como era menester.

Además, en el texto, el autor especifica que «[...] las dos terceras partes de los territorios de la América Hispánica ya habían firmado [...] pactos a favor de la liga republicana [...] y sabemos que las provincias unidas del centro de América han dado instrucciones a sus plenipotenciarios acerca de Colombia y de Perú para acceder a aquella liga [...]»⁶¹ Y agregaba, para reconocer el carácter de antecedente de su ensayo, el documento «Proyecto de Confederación Americana. Soñaba el abad de San Pedro...»:

[...] Desde el mes de marzo de 1822, se publicó en Guatemala, en el Amigo de la Patria, un artículo sobre este plan, escrito con el luego y elevación que

⁵⁷ Bernardo Monteagudo: 20 de agosto de 1785, Tucumán, Argentina-28 de enero de 1825, Lima, Perú. Intelectual revolucionario, líder político, administrador, abogado y juez. Colaborador de San Martín y Bolívar en las guerras por la independencia americana. Infundió respeto y admiración por sus ideas revolucionarias, su elocuencia en expresarlas y su habilidad para llevarlas a la práctica. Los escritos de Monteagudo lo señalan como un visionario revolucionario. La amplitud de su visión se revela por el hecho de que él fue uno de los únicos líderes de la independencia argentina que propugnó una federación de las nuevas naciones de la América española.

⁵⁸ Confróntese: Mario García la Guardia. *José del Valle: ilustración y liberalismo en Centroamérica*. Caracas, Biblioteca Ayacucho. 1982. p. XIV, XV, XLIII, XLIV.

⁵⁹ Véase: Coronel H D. Bernardo Monteagudo. «Sobre la necesidad de una federación general (sic) entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización». Obra póstuma. En: www.biblioteca.org.ar

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ En: Coronel H D. Bernardo Monteagudo. Op. cit.

caracteriza a su ilustre autor el señor Valle. Su idea madre es la misma que ahora nos ocupa: formar un foco de luz que ilumine a la América: crear un poder que una la fuerza de catorce millones de individuos: estrechar las relaciones de los americanos, uniéndolos por el gran lazo de un congreso común, para que aprendan a identificar sus intereses y formar a la letra una sola familia [...] con lo que se le garantizaría a la América [...] que por desgracia se llamó antes española, independencia, paz y garantías.⁶²

Era esto a lo que aspiraban Del Valle y Monteagudo, lo que quedó plasmado como sustento ideológico y guía para la acción en documentos sustanciales para el pensamiento integracionista latinoamericano. Sin embargo, resulta oportuno discrepar de aquellos autores, que a nuestro juicio los catalogan erróneamente como precursores del panamericanismo.⁶³

Otro prócer de la independencia de América Latina que veía la necesidad de la unidad como una vía para luchar por la liberación de los pueblos americanos del poder colonial español, fue José Gervasio Artigas (1764-1850), quien ocupó un lugar cimero en los combates por la libertad del Río de la Plata, y en particular de Banda Oriental, la que se constituyó, luego de múltiples avatares, en República Oriental del Uruguay, el 4 de octubre de 1828, cuando el patriota se encontraba desterrado en Paraguay.⁶⁴

Su pensamiento se conformó en medio del fragor de las luchas por la independencia, entre 1810 y 1820, y con el antecedente de una educación basada en la ética y los principios de equidad que lo acompañaron hasta el final de sus días, como avala su proceder.

Su concepción de la lucha fue radical, y en este sentido resulta muy aportador el criterio de Isabel Monal, quien lo sitúa, «[...] en la línea de lo que pudiera llamarse un radicalismo efectivo y factible [...]»⁶⁵

⁶² *Ibíd*em

⁶³ Véase: Mario García Laguardia. Op. Cit. p. XLII y XLIV.

Confróntese además: Ignacio Medina Núñez. Diversos caminos para la integración. En: Integración cultural de América Latina. Asociación por la Unidad de Nuestra América (Cuba) Metropolitana-Xochimilco (México). Rectoría y Escuela de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. (México). Morelia. Michoacán. México. 2000

⁶⁴ En esa fecha, y desde 1820, Artigas se encontraba desterrado en Paraguay, por la acción del caudillo entrerriano Ramírez. Para ampliar consúltese: Hugo D. Barbagelata. *Artigas y la Revolución Americana*. Prólogo de José Enrique Rodó. Segunda edición corregida y aumentada. París, Editios Excelsior. 27, Quai de la Tourbelle, 27. 1930.

⁶⁵ Isabel Monal. *Ensayos americanos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales. 2007, p. 130.

Artigas tenía profundas convicciones acerca de que todas las personas debían tener la posibilidad de disfrutar del «derecho natural» inherente a todo ser humano. Así, consideró a los negros y mestizos, a los gauchos, a los pueblos originarios y a todos los marginados sociales, y para ellos dictó leyes muy beneficiosas entre las que cabe destacar la primera Reforma Agraria.

El radicalismo de sus medidas, su firmeza y convicciones, su sentido de justicia, lo hicieron el jefe más admirado por su humilde pueblo, y por ello tiene un lugar prominente en la historia de la América nuestra. Es un referente de la necesidad de unidad de los países para lograr la libertad plena, siempre avalada por las reivindicaciones sociales.

Está presente en Artigas la influencia directa del pensamiento indígena (charrúa y guaraní de forma especial), del afroamericano, del gaucho, por el hecho de haber convivido con ellos. Él hizo una apropiación muy particular y profunda de este pensamiento, que evidencia en textos de diferente género, y manifiesta en sus acciones.

Artigas pretendió construir, sobre la base de la soberanía popular, la justicia social y la independencia económica, una patria que no se circunscribiera a los límites de su patria chica, sino a la patria grande unida por sus orígenes y por sus destinos. Por todo ello, y además, por constituir una necesidad imperiosa, le escribió a Bolívar el 19 de julio de 1819 (la única carta que se conoce) en la que puede verificarse la concreción de su concepto de patria grande. Obsérvese las estructuras subrayadas intencionalmente, y se tendrá una idea exacta de la afirmación anterior: «[...] Unidos íntimamente por vínculos de naturaleza e intereses recíprocos lucharemos contra tiranos que intentan profanar nuestros más sagrados derechos [...] No puede ser más expresivo en mis deseos que ofertando a vuestra excelencia la mayor cordialidad, por la mejor armonía y la unión más estrecha. Firmarla es obra de sostén por intereses recíprocos.»⁶⁶

En este documento, que tiene como objetivo solicitar a Bolívar que recibiera y protegiera a los tripulantes de un barco corsario que se dedicaba a hostilizar a los buques enemigos españoles y portugueses, quedó explícita su idea de unidad continental. Ideas que también había manifestado en carta al general Sarratea, con fecha tan temprana como el 11 de febrero de 1811: «[...] La libertad de la América forma mi sistema y plantearlo mi único anhelo [...]»⁶⁷

⁶⁶ Véase José Gervasio Artigas. «Carta a Bolívar», Cuartel General, 29 de julio de 1819. en: [www.congreso del.pueblo.org/wp.../10/carta-enviada-a-bolivar](http://www.congreso.del.pueblo.org/wp.../10/carta-enviada-a-bolivar). Pdf.

⁶⁷ José Gervasio Artigas. Carta al General Sarratea. En: www.oni.escuelas.eder.ar

En carta a Otorgués del 5 de abril de 1814, plasma su inquebrantable objetivo y su confianza en que otros continuarían sus ideas, «[...] Si no conseguimos liberar a América este año lo conseguiremos el que viene; cuando empezamos a trabajar fue, por liberarla; si no somos nosotros serán los que vengan detrás de nosotros».⁶⁸

Resultaría de importancia capital que toda la América nuestra conozca a profundidad el legado de José Gervasio Artigas, no solo sus ideas sobre la unidad, sino aquellas que recogen su pensamiento sobre las reivindicaciones sociales, entre las que sobresale, la primera reforma agraria de América Latina, la que se elaboró debido, entre otras razones, a la necesidad nacional de recuperación económica y de justicia social. Las tierras se repartían de acuerdo con el principio de que los más infelices fueran los más beneficiados, donde se reconocía a los indios como acreedores de un derecho propio e inviolable. También posibilitaba que el gaucho que había tenido una vida errante, por la guerra y por su labor de contrabando en época de paz, pudiera convertirse en dueño de la tierra, asentándose en ella como productor.

Resulta muy valioso el análisis de Eduardo Galeano⁶⁹ sobre este tema porque valora, con profundidad y en síntesis, la labor de Artigas y en especial la justeza de su Código Agrario, las consecuencias de su frustración, las causas que la motivaron y las que continúan actuando en detrimento de los pueblos latinoamericanos.

Otro de los iniciadores de la emancipación, el sacerdote Miguel Hidalgo Costilla, marcó un hito en el proceso de las luchas para obtener la independencia y las reivindicaciones sociales en su país. Estuvo al frente de la conspiración criolla que tuvo su culminación con el Grito de Dolores.

En su arenga sobresale su idea de obtener la independencia no solo para México, sino para todo el continente americano; además tiene una clara visión sobre la necesidad de la unidad. En este sentido es de utilidad transcribir parte de su defensa ante su excomunión por la iglesia: «Rompamos, Americanos, estos lazos de ignominia con que nos han ligado tanto tiempo: para conseguirlo, no necesitamos sino unirnos. Si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluida y nosotros a salvo. Unámonos pues todos los que hemos nacido en este dicho suelo [...] veamos

⁶⁸ José Gervasio Artigas. Carta a Otorgués. www.lettras-uruguay-espaciolatino.com

⁶⁹ Véase: Eduardo Galeano. *Las venas abiertas de América Latina*. La Habana, Editorial Casa de las Américas. Colección Alba Bicentenario. 210, pp. 209-210.

desde hoy como extranjeros (sic) y enemigos de nuestras prerrogativas a todos los que no son Americanos». ⁷⁰

Fue también uno de los grandes luchadores independentistas, el neogranadino Antonio Nariño, iniciador de una idea de construcción nacional, pero convencido de que la causa de la independencia era continental.

Nariño legó a la América nuestra, además de la traducción e impresión de la *Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano*, un pensamiento avanzado acerca de lograr la independencia e igualdad que debían corresponder a todos los ciudadanos en el marco jurídico de una república. Como defensor de una propuesta de unidad para la Nueva Granada manifestó argumentos muy sólidos «[...] si en lugar de acumular nuestra luces, nuestras riquezas y nuestras fuerzas, las dividimos en otras tantas partes como tenemos de Provincias. ¿Cuál será el resultado? Que si con la suma total de nuestros medios apenas nos podemos salvar, dividiéndonos nuestra pérdida será tanto más probable cuanto mayor sea el número de partes en que nos dividimos». ⁷¹

Esa clara conciencia sobre la imprescindible unidad para lograr los propósitos reivindicados de justicia social, lo hacen un referente para los procesos actuales de unidad latinoamericana y caribeña.

Otro de los impulsores de la independencia de Hispanoamérica, la que consideraba más allá de los límites de su suelo de nacimiento, es Vicente Rocafuerte. Formado como otros próceres al calor de los conceptos de la Ilustración, mostró y llevó a la práctica sus ideales republicanos, liberales y de unidad continental.

Tuvo una gran participación en la vida política de su época, fue diputado a las Cortes de Cádiz, en 1812, y presidente de Ecuador entre 1835 y 1839, etapa en la que consolidó la unidad nacional, e impulsó la educación, con un criterio incluyente ⁷², y tomó otras medidas reivindicadoras de carácter social, como el reconocimiento de los derechos de la mujer, así como la fundación del primer colegio para educarlas.

Rocafuerte tenía una visión clara de la América nuestra, para él su futuro estaba en: «[...] formar entre todas las naciones independientes, una comunidad de principios

⁷⁰ Sergio Guerra Vilavoy. *El dilema de la independencia*. Ed. cit., p. 86.

⁷¹ Boris Caballero Escorcia. Antonio Nariño. Luchador incansable por la independencia. En: <http://web.presidencia.gov.co/nariño.htm>.

⁷² Al respecto son interesantes sus criterios acerca de la importancia de la instrucción, expresadas en la Convención de 1835 por Vicente Rocafuerte, quien expresó: «[...] En el momento en que el pueblo conoce sus derechos no hay otro modo de gobernarlo, sino en el de cultivar su inteligencia y de instruirlo en el cumplimiento de sus deberes. La instrucción de las masas afianza la libertad y destruye la esclavitud». En: Vicente Rocafuerte y Rodríguez de Bejarano. Título de Rodolfo Pérez Pimentel. <http://www.diccionariobiograficoecuador.com/tomos/tomo7/r2.htm>.

de intereses de paz, de origen, de economía y de propiedad».⁷³ Este pensamiento medular de Rocafructe tiene plena vigencia en los tiempos actuales, y es por ello, entre otros factores, por lo que su pensamiento constituye un referente.

Al inscribirse en la historia latinoamericana y caribeña el nombre de figuras paradigmáticas, por la trascendencia de su pensamiento y acciones con el propósito de lograr la unidad centroamericana, el nombre de José Francisco Morazán Quezada ocupa un lugar cimero.

Destacada fue su labor protagónica en el proceso de institucionalización de la unidad centroamericana, así como al frente de la presidencia de la República Federal (1830-1839), período que se conoce como Restauración, en el que desarrolló un vasto programa gubernamental en beneficio de las mayorías más humildes.

En este sentido resulta aportadora la valoración martiana sobre su labor unitaria «[...] el general Morazán [...] quiso unir lo que los españoles habían desunido, hacer de esos cinco estados pequeños y enfermizos una República imponente y dichosa. Y lo hizo [...]». Sin embargo, como conocedor profundo de la realidad de la América nuestra, de las ambiciones de los poderosos y de su labor de zapa para lograr sus objetivos, agrega «[...] La política de las rivalidades venció la política de unión; la vanidad de los Estados fue más poderosa que la unión bienhechora [...]».⁷⁴ Todo esto impidió que los objetivos de Morazán se cumplieran, unido a otros factores como los intentos ingleses de apoderarse de puntos estratégicos en América Central, así como a la labor divisionista del cónsul británico en Costa Rica, Federico Chatfield, que lo sitúa como un elemento catalizador para minar la unidad federativa de América Central.

En 1841, Morazán decide regresar desde el Perú ante la amenaza inglesa de anexarse parte del territorio, según sus palabras «[...] por un sentimiento nacional irresistible, para todos aquellos que tienen un corazón para su patria [...]».⁷⁵

A su regreso a El Salvador, en febrero de 1842, hace un llamado a todos los centroamericanos contra la invasión extranjera, en el que argumenta: «[...] Si consultamos la historia veremos que el derecho de las grandes naciones se ha fundado, en algún tiempo, en causas de tal naturaleza que solo hubieran excitado la burla y el desprecio, si no hubiesen sido sostenidas por las armas, y este abuso funesto para los

⁷³ Rodolfo Pérez Pimentel. Op. cit.

⁷⁴ José Martí. Notas sobre Centroamérica. En: José Martí. *Obras Completas*, t. 19, p. 96.

⁷⁵ Citado por Yanivis Izaguirre. Entrevista a Julio Escoto, autor de la obra: *El general Morazán vuelve a marchar desde su tumba*. diarioSPAMFILTER@alheraldo.hn

débiles, que la ambición ha sancionado tantas veces como el derecho del más fuerte, se ha repetido por desgracia en nuestros días».⁷⁶

Este llamado a luchar contra los invasores se repite en Costa Rica el 9 de abril de 1842. En este documento proclama tener los medios para tratar de defender a Centroamérica de la agresión inglesa y en él expresa su disposición a combatir para salvar a estos pueblos aunque fuera a costa de su vida.

Su propósito era consolidar el poder en Costa Rica, y extenderlo por el resto de los países de América Central, pero las más retrógradas fuerzas lograron frustrar el empeño de Morazán, que fue capturado y fusilado el 15 de septiembre de 1842.

En su breve testamento dejó estas palabras para la historia: «Declaro que mi amor a Centroamérica muere conmigo [...]».⁷⁷

Las consideraciones de Martí sobre el proceso de unidad centroamericana deben servir de guía para que estos ideales fructifiquen y perduren en el tiempo. Estas fueron expresadas de la siguiente forma: «[...] Morazán fue muerto y la unión se deshizo, demostrando una vez más que las ideas, aunque sean buenas, no se imponen ni por la fuerza de las armas ni por la fuerza del genio. Hay que esperar que hayan penetrado en las muchedumbres».⁷⁸

Después del fracaso del Congreso Anfictiónico de Panamá, continuó existiendo comprensión de la necesidad de la unión para enfrentar las ambiciones expansionistas, tanto europeas como estadounidenses, en varias personalidades políticas de la región. Entre ellos estuvieron, Lucas Alemán, canciller mexicano; Juan de Dios Cañedo, agente diplomático de México en Perú; Matías León, ministro de Relaciones del Perú, y algunos diputados peruanos, durante la década de 1830-1840, los que abogaban por un Congreso Continental.

Entre el 11 de diciembre de 1847 y el 1º de marzo de 1848, se constituyó en Lima el primer congreso hispanoamericano, efectuado después del de Panamá, al que concurrieron Perú, Chile, Bolivia, Ecuador y Nueva Granada, evento que aprobó un Tratado de Confederación, en cuyo preámbulo quedó establecida la argumentación de la unidad de nuestra América: «Ligadas por vínculos del origen, del idioma, la religión y las costumbres, por su posición geográfica, por la causa común que han defendido, por la analogía de sus instituciones, y, sobre todo por sus comunes necesidades y recíprocos

⁷⁶ Yanivis Izaguirre. Op. cit.

⁷⁷ *Ibidem*

⁷⁸ José Martí. *Obras Completas*, t. 19, p. 96.

intereses, no pueden considerarse sino parte de una misma nación, que debe mancomunar sus fuerzas y recursos para remover todos los obstáculos que se oponen al destino que les ofrecen la naturaleza y la civilización.»⁷⁹

En esta línea de la unidad de la América nuestra, se ubica el pensador argentino, Juan Bautista Alberdi, el que dio a conocer en 1844 su obra: *Memoria sobre la conveniencia y objetos de un congreso general americano*, presentada por él en la Universidad de Leyes de Chile, en que elogiaba el esfuerzo de Bolívar por integrar la América, de la que, aclaraba Alberdi, solo incluía las repúblicas hispanoamericanas, las que consideraba que padecían de una enfermedad social, para cuya curación proponía el «tratamiento médico» necesario: «[...] una junta médica, de un congreso organizador continental, cuya base de unidad sería fundamentalmente económica (para subsanar) el mal de pobreza, de despoblación, de atraso y miseria.»⁸⁰

El curso de los acontecimientos posteriores, con el robo de más de la mitad del territorio mexicano por los Estados Unidos, en 1848, así como las incursiones piratescas en Centroamérica por William Walker, propiciaron nuevos proyectos de unidad en el continente, entre ellos la propuesta del chileno Francisco Bilbao, sobre la realización de un «[...] Congreso Nacional Americano, con poderes ejecutivos [...] y la creación de una Universidad Americana que se encargara del estudio de todo lo relativo al continente»⁸¹

En este sentido de recuperación del pensamiento unitario de Bolívar, se pronunciaron, entre otros, el neogranadino José María Torres Caicedo, los ecuatorianos Juan Montalvo y Pedro Moncayo, el chileno Justo Arteaga Alemparte y el mexicano Juan Nepomuceno de Pereda.

En el marco de estos acontecimientos tan peligrosos tuvo lugar en septiembre de 1856, en Santiago de Chile, una reunión a la que concurrieron representantes del país anfitrión, de Perú y Ecuador.

También continuador de la labor unitaria, el ministro de Guatemala en Washington, el escritor José María Irizarri, argumentaba sobre la urgencia de la celebración de una reunión hispanoamericana continental, que salvaría a sus países de las pretensiones hegemónicas que ya habían tenido su expresión en México y en

⁷⁹ Citado por Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo. Op. Cit., p. 64.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 65.

⁸¹ Citado por Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo. Op. Cit., p. 66.

Centroamérica su materialización, por eso aclaraba que si esa unión ya hubiese estado establecida en aquella época, no hubiese existido usurpación alguna.

El 9 de noviembre de 1856 se firmó en Washington el Proyecto de Tratado de alianza y Confederación por los delegados en Guatemala, El Salvador, México, Costa Rica, Perú y Nueva Granada, Venezuela, el que además de estipular en líneas generales lo plasmado en anteriores cónclaves: «[...] creaba un mecanismo defensivo contra expediciones depredatorias como la de Walter, prohibiendo la enajenación de territorios hispanoamericanos a cualquier potencia extranjera y condenando como crimen de alta traición el llamamiento de fuerzas extranjeras en contiendas intestinas y el gobierno espurio que se formase como acababa de ocurrir en Nicaragua.»⁸² Se preveía la creación de una Federación de Estados Hispanoamericanos propuesta por Irizarri, empeñado en crear un frente común para poner fin a las aventuras del filibustero Walter.

Otra idea en esta dirección se aprecia en la convocatoria realizada por Perú el 11 de enero de 1864, para efectuar un congreso que, en definitiva, pudo efectuarse entre el 15 de noviembre de ese propio año y el 13 de marzo de 1865 en Lima, en el que participaron representantes de Colombia, Chile, Venezuela, Ecuador, El Salvador y el país anfitrión. Este se considera el último de los Congresos hispanoamericanos, y en el mismo fueron aprobados cuatro tratados, uno de los cuales es conocido como de Unión y Alianza Defensivo.

En este Congreso el panameño Justo Arosemena, en su condición de ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de Colombia en el Perú, presentó su Proyecto de tratado para fundar una liga suramericana.

La infatigable labor de Arosemena a favor de la unidad puede explicitarse en estas palabras: «[...] Hoy apenas se conocen en sí los estados mismos que rompen límites en Sud América [...] cada uno de ellos son casi ignorados por los demás. Procuremos acercarlos para que se estudien, se comprendan, se amen, y se unan en fraternal abrazo, protestando de consumo contra los enemigos de la especie, el error y la injusticia».⁸³

La idea de la unidad en torno a una organización que aglutinara a los más lúcidos representantes del pensamiento independentista, estuvo también presente en varios hijos ilustres de las Antillas, entre los que se destacan Ramón Emeterio Betances

⁸² *Ibíd.*, p. 69.

⁸³ Justo Arosemena. «Constituciones políticas de la América Meridional», en *Estudios históricos y jurídicos* (Colección Panamericana 23). Buenos Aires, Editorial Yackson de Ediciones Selectas, 1945, p. 23.

y Eugenio María de Hostos y Bonilla, los que trabajaron a favor de un proyecto para la creación de una Liga Antillana, que debería crear una federación, confederación o una unión entre Haití, Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico, impulsado entre 1867 y 1895.

Eugenio María de Hostos y Bonilla,⁸⁴ tuvo una clara visión sobre lo imprescindible de la unidad en la América Nuestra, para enfrentarse a los desafíos de su época.

En este sentido resulta de valor referirse a cómo admiró a Bolívar por su incesante aspiración de lograr la unión latinoamericana, la que para Hostos debía construirse con «[...] la liga diplomática de todos los gobiernos de esta América, en una personalidad internacional [...]». El patriota analizaba que por esa realidad existente, América estaba expuesta a los mayores peligros y no era considerada como se merecía en el orbe, y que por esa carencia había sido posible la invasión a México, la tentativa de reanexión de Santo Domingo, los hechos ocurridos en Paraguay, y enfatizaba: «[...] De todos los obstáculos que dificultan la institución de esa personalidad internacional, la falta de un interés común es la mayor.»⁸⁵

Hostos, en su constante peregrinar por tierras de América, llevaba consigo tanto el dolor por su patria oprimida, como por Cuba. Había constatado que tanto entre los gobiernos como los pueblos de Latinoamérica existía consenso sobre la independencia de estas islas, y que si se lograba constituir una liga con estos fines, esto «[...] equivaldría a hacer el ensayo de una fuerza». Consideraba que «[...] conseguir esto sería afirmar esta fuerza [...]», la que «[...] una vez afirmada, quedaría de hecho constituida la personalidad internacional de América Latina no solamente ante el Viejo Continente sino ante la sólida potencia de Norte América».⁸⁶

Ya Hostos, como Bolívar y después Martí, avizoraba la peligrosidad que representaba Estados Unidos. Estaba obsesionado con la idea de constituir esa liga, para la cual necesitaba del apoyo de un país sede. Piensa en Venezuela, por ser la patria de Bolívar, aquel hombre paradigmático en todo, y así lo expresa:

[...] Bolívar acogería con deleite la ocasión [...] ¿No es Venezuela la tierra que, con el cuerpo ha heredado el espíritu de aquel para quien la soledad no fue un impedimento, para quien el espacio no fue el obstáculo, para quien los

⁸⁴ Eugenio María de Hostos nació en Río Cañas, Mayagüez, Puerto Rico, el 11 de enero de 1839 y murió el 11 de agosto de 1903 en Santo Domingo.

⁸⁵ Eugenio María de Hostos. Lo que intentó Bolívar. En: Eugenio María de Hostos. *Obra literaria selecta*. Caracas. Editorial Ex Libris. Colección Ayacucho, 1988, p. 342.

⁸⁶ *Ibidem*.

Andes no fue un valladar, para quien el mar no fue un lindero, para quien el tiempo no fue una venda, y a través de la niebla del futuro descubrió que el núcleo vital del Continente estaba en el Mar de las Antillas?⁸⁷

En los tiempos actuales, el pensamiento unitario de Hostos mantiene su vigencia, cuando al referirse a los obstáculos que dificultaban la creación de la liga americana para tener una personalidad jurídica propia, exponía que, de todos los obstáculos para lograr ese propósito el mayor de todos era «[...] la falta de un interés común [...]».⁸⁸

Resumiendo el capítulo, es posible afirmar que la persistencia del ideal de unidad en numerosos pensadores y artífices de la emancipación con diferentes ópticas, matices y en diversas circunstancias históricas constituye una corriente del pensamiento latinoamericano que legitima las más genuinas aspiraciones de sus próceres y de sus pueblos respecto a su desarrollo social.

⁸⁷Eugenio María de Hostos. Op. Cit., p. 342.

⁸⁸ *Ibidem*.

CAPÍTULO II: LA UNIDAD EN EL PENSAMIENTO DE JOSÉ MARTÍ Y SU ALCANCE EN LA PRAXIS REVOLUCIONARIA

2.1. El pensamiento unitario de José Martí en el contexto de la situación cubana y latinoamericana en el último tercio del siglo XIX.

Al analizar el pensamiento independentista de los próceres latinoamericanos se aprecia su convencimiento sobre la necesidad de la unidad y los esfuerzos que realizaron después de la independencia para lograr vínculos de distinta índole entre los países latinoamericanos. Todos ellos fueron aportando, a partir de sus realidades y de sus concepciones ideológicas y políticas, de forma consecuente, a este principio unitario.

Estas ideas de unidad tuvieron su más alta concreción en el último tercio del siglo XIX, en el pensamiento del prócer cubano José Martí, quien consideró la unidad como factor fundamental para lograr resultados exitosos en cualquier empeño. Estas ideas martianas se sedimentaron a través del conocimiento de la historia universal y americana en particular, y de la realidad contemporánea de la época en que vivió.

Así se observa, en sus textos, su modo de abogar por la unidad en el plano social, en el plano político, así como en los ámbitos continentales y regionales; y su insistencia en cómo la unidad debe ser practicada entre las clases sociales oprimidas por constituir un elemento indispensable de solidaridad; como estrategia para contrarrestar la política de la metrópoli española; como elemento cohesionador ineludible para llevar adelante la lucha armada con el objetivo de liberar las últimas colonias de España en Latinoamérica; como valladar para oponer a la creciente expansión territorial y la penetración económica de los Estados Unidos, así como para lograr la plenitud humana de los que habitan la América nuestra.

El concepto de unidad en Martí no fue una idea fortuita, determinada por un hecho circunstancial, sino una temprana convicción de lo que representa la unidad como factor fundamental en todo empeño humano que implique transformación y cambio.

En una fecha temprana, y con solo 22 años, ya señalaba, durante su primera estancia en México (1875-1876), la necesidad de estrechar vínculos fraternos y de acción común, al ocurrir la huelga de los sombreros, y asume una actitud crítica ante la poca sensibilidad mostrada por sectores de la sociedad mexicana, inclusive los propios obreros, y hace un llamado a que se practique una actitud de solidaridad y de hermandad

obrera, en un texto donde aparece también una explicación sobre las razones de la huelga y sus resultados, publicado en la *Revista Universal* de la capital mexicana.⁸⁹

Un examen detenido de su obra posterior a esta primera estancia en México, muestra la persistencia de estos criterios sobre la unidad, y los peligros que entrañaba la falta de claridad sobre estos conceptos, a la vez que amplía sus concepciones al respecto, vinculadas, necesariamente, a la unión de los pueblos de Latinoamérica en el empeño de alcanzar los objetivos que movieron a los próceres de la independencia y de lograr la libertad de los que aún se mantenían bajo la dominación colonial.

En este sentido resulta aportador su análisis sobre la política de la metrópoli, contenido en el texto «Guatemala», de 1878, donde devela la estrategia utilizada por el colonialismo español para dominar los nuevos territorios descubiertos por Cristóbal Colón, y así señala: «[...] nos dejó la dueña España⁹⁰, extraños, rivales, divididos cuando las perlas del río Guayato son iguales a las perlas del sur de Cuba, cuando unas son las nieves del Tequendama y Orizaba, cuando uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del venturoso Polochic».⁹¹

Aunque Cuba y Puerto Rico seguían siendo posesiones bajo la dependencia colonial de España, Martí, desde una perspectiva latinoamericanista temprana y conscientemente adoptada por él, da por hecho consumado la liquidación del colonialismo español en el orden político en nuestro ámbito geográfico, aunque secuelas pervivientes, tendrían que ser erradicadas.

Cuando expresa, «nos dejó la dueña España», está aludiendo a una consecuencia de la secular política divisionista de la metrópoli europea, siempre encaminada a evitar que las fuerzas adversas al poder imperial se fortalecieran, se reconocieran entre sí, y descubrieran los lazos de invulnerabilidad frente al ímpetu avasallador de los dominadores.

En este fragmento, que no es la excepción en el pensamiento anticolonialista de Martí, se alude a los elementos de identidad hallados en la imponente naturaleza

⁸⁹ Para ampliar puede consultarse el artículo de José Martí, «Boletín», publicado en: *Revista Universal*. México, 10 de junio de 1875. En: José Martí. *Obras Completas*. Edición Crítica. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, t. 2, pp. 66-68.

⁹⁰ Aunque en los textos martianos no se ha encontrado referencia a la Bula Papal de Alejandro VI, (se refiere a la Primera bula InterCaetera. Bula de donación de Alejandro VII a los Reyes Católicos, 3 de mayo de 1493), ni a ese Papa en particular, resulta significativo cómo esta expresión, “dueña España”, concentra en sí todo un significado inferido equivalente a que, aunque la metrópoli se encuentra lejos, tiene facultades omnímodas que la hacen ser omnipresente y omnipotente en los territorios de ultramar para actuar respaldada por ese derecho de ser dueña.

⁹¹ Guatemala. México, Imprenta de J. Cumplido, 1878. En: José Martí. O.C. Edición Crítica. Op. Cit., p. 240.

americana, como signos de fortaleza y de la potencialidad de todo un sub-continente. La desunión está vista como secuela del colonialismo, de fuerte gravitación en el presente y en el futuro de sus pueblos.

Esta idea sobre lo ineludible de alcanzar la unidad, en el caso cubano, también la hace patente al analizar las causas del fracaso de la guerra de 1868, en su célebre discurso «Lectura» ante los emigrados cubanos reunidos en Steck Hall el 24 de enero de 1880, caracterizado por un profundo tacto político, la envergadura de sus análisis históricos, y por expresar sus puntos de vista acerca de la significación de la unidad y de los peligros que entrañaba la falta de claridad sobre este importante asunto. El profundo análisis de este hecho bélico, mucho aportó a su teoría acerca de lo indispensable de la unidad como la estrategia efectiva a seguir.⁹²

Consecuente con esta línea de pensamiento se pronuncia en su proclama: «Al Ejército Cubano», redactada en Nueva York, el 13 de mayo de 1880, en su carácter de presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York. Para él, la victoria en esta nueva etapa de lucha armada solo se conseguiría con la unidad.

También aparece explicitada esta idea en carta al general Ramón Leocadio Bonachea, el 7 de junio de 1880, al confirmarle su convicción de que cuando la patria llame a sus hijos todos sabrán unirse para acudir en su auxilio, pasando, incluso, sobre las disensiones, para luchar con las armas en la mano contra la metrópoli española.⁹³

Grandes responsabilidades tuvo que asumir José Martí en esta época, al quedar como presidente interino del Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, ante la partida del general Calixto García hacia Cuba, y entre ellas, una de las más difíciles, quizás haya sido la de pedirle a Emilio Núñez que depusiera las armas, como consecuencia de no haber recibido suficiente apoyo en los campos de batalla, y según su criterio, porque sus jefes no habían desarrollado una estrategia coordinada, de acuerdo con la situación existente. Por esta falta de unidad es evidente su fracaso, que confirma, en la práctica, la tesis martiana de la necesidad de la unión para alcanzar el éxito.

Como se ha señalado con anterioridad, el pensamiento independentista martiano se fundamenta en el criterio de que solamente con la cohesión de todos los factores implicados en la lucha armada, se podría obtener la independencia. Es en este sentido

⁹² En este discurso, conocido como Lectura en Steck Hall, José Martí analiza, entre otros aspectos, las causas del fracaso de la guerra del 68, hace énfasis en la falta de unidad y reconoce el papel de las masas en la historia. José Martí. *Obras Completas*, t. 4, pp. 181-211, 1975.

⁹³ Carta de José Martí a R. Bonachea. En: José Martí. *Obras Completas*. Edición Crítica, t. 6, pp. 220-221.

que su objetivo patriótico se encamina a constituir un núcleo que aglutine a todos aquellos que estén dispuestos a integrarlo.

Este es el motivo de su carta al general Máximo Gómez, enviada desde Nueva York, en la que, entre otras cuestiones, pone en su conocimiento sus trabajos en función de aunar voluntades y de, al mismo tiempo, contener impacencias de algunos patriotas que perjudicarían el normal proceso gestor de la unidad, sin la cual se volvería a fracasar en cualquier empeño bélico para independizar a Cuba. Es en este texto donde se plasma su clara visión sobre la urgencia de ir formando, según sus palabras, un cuerpo visible y apretado, unido.⁹⁴

En aquellos momentos existía una franca tendencia entre los cubanos, dentro y fuera de la Isla, a apoyar la separación de España y, de no existir una agrupación capaz de aglutinar esos intereses, podrían estos derivar hacia otras posiciones políticas, ajenas a la independencia, como el anexionismo.

Esta idea, en un esfuerzo por ganar voluntades, se la hace saber en igual fecha, al general Antonio Maceo, donde además de informarle sobre la significación de la labor organizativa que desarrollaba, le plantea su opinión acerca de que, a su entender, el problema cubano estaba en la solución social. Como se conoce, uno de los factores que contribuyó a sembrar la desunión entre los cubanos, fue utilizar la falsa idea de la superioridad blanca y el miedo al negro.

Martí, en este texto, cataloga como criminales a todos aquellos que promovieran, o se aprovecharan, del odio de razas, y a los que no reconocieran los legítimos derechos y aspiraciones de una raza, que por demás mucho había sufrido. Le alega también que, aunque el país está muy trabajado por los odios, es imprescindible que desde los inicios de la nueva etapa, todos los elementos trabajen unidos en la consecución de sus derechos.

En la década de los años ochenta del siglo XIX se intensificó la labor aglutinadora de José Martí., probada en la intención de evitar toda diferencia generacional entre los hombres del 68 y el resto de los cubanos, entre los independentistas y los anarquistas, entre blancos y negros, entre los cubanos de la emigración y los cubanos de la Isla. Por este camino, consideraba oportuno convocar también a los españoles que pudieran ser ganados para la causa cubana. Estas ideas permean los discursos en conmemoración de la efeméride del 10 de Octubre, y otros de

⁹⁴ Véase la carta a Gómez de 1882. En: José Martí. *Obras Completas*. La Habana, 1975, t. I, pp. 167-171.

ese tiempo, en los que busca la efectividad de la comunicación mediante la utilización de un estilo que se distingue por el empleo de metáforas funcionales, donde llama a evitar los escollos de las contiendas anteriores e invita a congregarse en el fin común.

En estas intervenciones fija su atención en la inclusión de todos los sectores de la sociedad cubana, como elementos protagónicos. Considera que debe dársele cabida a todos los dispuestos a incorporarse al empeño heroico. Esta concepción de la unión de todos para obtener la patria libre de todos, llegó a convertirse en delicada poesía, cuando al finalizar el discurso conmemorativo del 10 de Octubre de 1890, expresó: «[...] aquí de pueblo en pueblo [...] paseamos el fuego insepulto, como enseña que ha de juntar, con ayuda de todos los amigos de la libertad, a los cubanos fieles esparcidos al viento del mundo: ¡y levantaremos, en brazos de la América libre, nuestra patria buena y grande!»⁹⁵

Por otra parte, en medio de sus trabajos encaminados a unir a los cubanos para fomentar la guerra de independencia de Cuba, Martí desarrollaba sus criterios acerca de temas esenciales, como la comprensión de que la Isla, en su proceso histórico y en sus condiciones concretas, era parte indisoluble de la América Latina, sus problemas eran coincidentes y que las raíces de sus males eran comunes.

De ahí, que no pocos de sus trabajos, artículos y discursos de esos años se enrumbaran en la idea de exponer y hacer comprender a los pueblos latinoamericanos las razones de la situación que vivían, cuyas más remotas raíces tenían su asiento en los años iniciales de la presencia del colonialismo en estas tierras.

Inclusive en textos como *La Edad de Oro*, escrita para los niños de Latinoamérica, exponía criterios medulares sobre el proceso de la conquista, donde se había iniciado el desmembramiento de las culturas originarias, y cómo aprovecharon todos los resquicios existentes en aquellos momentos para someter a los naturales de estos territorios, sobre todo las disensiones existentes entre ellos.

Así, señala como algunos de los factores que aseguraron la conquista española el fanatismo religioso,⁹⁶ el sistema de dominio impuesto por unos grupos sobre otros, el no reconocimiento de los peligros que trae consigo la alianza con aliados cuyos intereses no eran suficientemente conocidos y las divisiones existentes entre los pueblos

⁹⁵ Discurso de José Martí en conmemoración al 10 de Octubre de 1868 pronunciado en Hardman Hall, Nueva York, el 10 de octubre de 1890. en: José Martí. *Obras Escogidas*. Op. Cit., t. 2, p. 479.

⁹⁶ «Las armas de fuego y las armaduras de los españoles no amedrentaron a los héroes indios; pero ya no quería obedecer a sus héroes el pueblo fanático, que creyó que aquellos eran los soldados del dios Quetzalcoatl que los sacerdotes les anunciaban volvería del cielo a libertarlos [...]». En: José Martí. «Las ruinas indias». *Obras Completas*. Ed. Cit. XVIII, p. 382.

autóctonos, como consecuencia de la explotación de unos sobre otros. Sobre este último aspecto el Apóstol explicita: «[...] Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y tlaxcaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtémoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotáes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y Huáscar pasa Pizarro en el Perú [...]»⁹⁷

Estas divisiones existentes entre los distintos grupos étnicos que habitaron el sub-continente, constituyeron factor esencial para desarrollar estrategias inteligentes como la que Hernán Cortés desplegó en México, a la que hace alusión Martí en «Las ruinas indias», donde expone: «[...] Cortés conoció las rivalidades de los indios, puso en mal a los que se tenían celos, fue separando de sus pueblos acobardados a los jefes, se ganó con regalos o aterró con amenazas a los débiles, encarceló o asesinó a los juiciosos y a los bravos; y los sacerdotes que vinieron después de los soldados echaron abajo al templo del dios indio y pusieron encima el templo de su dios».⁹⁸

Martí utiliza el verbo conocer, cuyo significado es esencial para poder desentrañar los objetivos del conquistador, y las debilidades y la escasa malicia de los indios. Cortés conoció las rivalidades, los celos, las cobardías, así como el juicio y la bravura de los indígenas, lo que le permitió trazar una estrategia que consistió en utilizar un método apropiado en cada caso, a partir de su característica específica, y siempre con el presupuesto de contar con la falta de unidad existente.

Este análisis lleva a concluir que la división no solo fue una política colonial como ya se ha expresado, sino que los colonizadores la tuvieron como elemento esencial en las distintas regiones conquistadas del sub-continente, haciendo patente el apotegma «divide y vencerás», verificado en la práctica de los siglos por los que han transitado las distintas civilizaciones.

Aunque en el texto martiano no está enteramente explícito en sentido directo este tema, subyace en él la idea de que existen elementos éticos negativos como los celos y la cobardía que abonó el terreno para que pudiera realizarse la conquista.⁹⁹ Estos factores, a los que alude José Martí en otros textos, dieron lugar a que penetrara el

⁹⁷ Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. 19 de diciembre de 1889. En: José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit. VI, p.136.

⁹⁸ José Martí. «Las ruinas indias», *Obras Completas*, Ed. cit XVIII, p. 383. Véase la Bula de Donación en la página de este trabajo.

⁹⁹ Hay que tener en cuenta que en las Leyes de Indias se prohibía usar las palabras conquista y colonización, y se cambiaban por pacificación, evangelización, demostrativas del carácter hipócrita de la política española, y que Martí critica en el texto «Las ruinas indias», para concluir que la superstición y la ignorancia hacen bárbaros a todos los pueblos.

enemigo externo, el cual solo puede entrar, en cualquier época, lugar y circunstancias, cuando el gobierno y los habitantes del país víctima de la agresión no tienen los conocimientos suficientes de sí y para sí; no tienen los conocimientos necesarios sobre las verdaderas intenciones de aquellos que están prestos a ocupar el territorio, no tienen los conocimientos suficientes que les permitan analizar con objetividad el qué, el por qué y las circunstancias histórico-concretas en que ocurre o va a ocurrir el hecho y las consecuencias del mismo, y a partir de estos conocimientos no sean capaces de unirse para trazar estrategias comunes de resistencia a la penetración foránea en cualquiera de sus manifestaciones. Todo lo anterior avala la importancia del elemento cognoscitivo cuando Martí expresa: «[...] Conocer es resolver [...]»¹⁰⁰

Y es cierto, estos conocimientos, que además en tiempos de la conquista tenían la limitación del fanatismo religioso, debían hacerse llegar por igual a todos, tanto a los gobernantes como a los pueblos, con la utilización de los medios adecuados.

Seguir la lógica del pensamiento latinoamericanista martiano lleva a comprender las características crueles que tuvo la conquista española en América, la superioridad y abundancia del armamento empleado contra pueblos inermes, así como la diversa composición étnica y social de los invasores y su extrema codicia. Además, permite percibir las vías por las que se produjo la asimilación de los elementos étnicos, lo que ocurrió, entre otros factores, a partir del empleo de la fuerza y la violencia del «[...] sexo ineludible, la conveniencia de casar con india señora [...]»¹⁰¹, lo que trajo como consecuencia el surgimiento de un continente mestizo.

Así mismo, seguir los hilos de los enunciados martianos sobre la América nuestra, es entrar en contacto con los elementos identitarios reales de los pueblos americanos, unidos en una comunidad de intereses, que pudieran llevar después a las repúblicas nacientes a la construcción de sociedades inclusivas, donde cada uno de sus elementos, indios, negros, blancos, mestizos, y los sectores sociales y laborales fueran suficientemente reconocidos. Y que estos componentes, hermanados, trabajaran juntos todos, para evitar la enajenación producida por la copia de culturas que nada tenían que ver con la realidad hispanoamericana, múltiple y heterogénea, con intereses arraigados en circunstancias propias y con condicionamientos histórico-sociales específicos.¹⁰²

¹⁰⁰ José Martí. «Nuestra América». Ed. Cit., t. VI, p. 18.

¹⁰¹ Véase: «La sociedad hispanoamericana bajo la dominación española». En: José Martí. *Obras Completas*, Ed. Cit. VII, p. 391.

¹⁰² En «Nuestra América» puede verse el curso del pensamiento culturoológico de Martí.

De forma reiterada, y desde fecha muy temprana, él plasma sus ideas acerca de que, para el avance de la América nuestra, es imprescindible el reconocimiento de esta multiplicidad y de esta heterogeneidad, pero que a la vez, estos pueblos están enlazados espiritualmente, y constituyen una familia. Insistía en que resultaba ineludible la unidad entre ellos para presentar un bloque monolítico ante el mundo. Estas concepciones están expuestas, sobre todo, en el texto de 1883, «Agrupamiento de los pueblos de América», donde alerta sobre la postura de representantes de algunos países que tendían a establecer vínculos con otras poderosas naciones fuera del ámbito latinoamericano, como Inglaterra y Norteamérica, mientras se desatendían las relaciones con otros países, «[...] de nuestra misma alma [...]», de ese gran conjunto, «[...] que no será jamás [...] más que una nación espiritual».¹⁰³

Para entonces, cuando eran evidentes y se llevaban a la práctica las pretensiones, sobre todo de esos dos países, de asumir posiciones neocolonialistas en América Latina y tratar de establecer su dominio económico y político en este vasto espacio del continente americano, Martí llamaba a no perder las fuerzas que eran imprescindibles para, según sus palabras, «presentarnos ante el mundo, [...] compactos de espíritu y unos en la marcha, ofreciendo a la tierra el espectáculo, no visto, de una familia de pueblos [...]»¹⁰⁴

Estas ideas, ya cernidas por el paso del tiempo, orientaron su batallar contra el colonialismo y contra el imperialismo naciente y dieron cuerpo a su anticolonialismo y antimperialismo radicales. Como es sabido, conoció la esencia del colonialismo y avizoró con meridiana claridad la esencia del neocolonialismo, de aquí que trazara rumbos ciertos a las naciones y pueblos del subcontinente. En el ensayo «Nuestra América» de 1891 —escrito en un momento crucial de la historia de la humanidad—, llamaba a las naciones latinoamericanas a erguirse y combatir unidas. De allí sus memorables palabras: «[...] los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes».¹⁰⁵

Obsérvese cómo Martí —empleando una vez más símiles cuyos referentes son los elementos de la naturaleza exuberante de la región—, insistirá en el deber y la obligación de saber cuál era la realidad de Latinoamérica, y lo imprescindible de su

¹⁰³ Véase: Agrupamiento de los pueblos de América. La América, Nueva York, octubre de 1883. En: José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit. VII, p. 325.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit. VI, p. 15.

firmeza indestructible ante los peligros latentes de un vecino, siete veces más fuerte que las repúblicas nacientes de Hispanoamérica.

En esa hora del recuento era preciso pasar revista y analizar los hechos acaecidos desde la conquista hasta el presente y no desaprovechar o desconocer las lecciones de la historia, sin la cual será imposible una correcta proyección del futuro. Es indudable que su previsión dimanaba del gran entendimiento de la problemática continental como lo demuestran las siguientes afirmaciones: «[...] Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos [...] con [...] el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia americana [...] Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no crecerán odios [...] se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetito de tierras. [...] Guerras horribles, guerras de avaros!»¹⁰⁶

Era necesario lograr una unidad indisoluble, fuerte, muy cohesionada, así lo sintió y así lo expresó al pensar en su América, esa América de la que siempre se consideró un hijo comprometido.¹⁰⁷

Su reiterada lógica de pensamiento unitario, constituye línea explícita en su obra escrita, haciéndose patente en frases cuyo contenido encierra verdades irrefutables: «[...] Cuando un pueblo se divide se mata. El ambicioso ríe en la sombra [...]»¹⁰⁸

Lograr la unidad era importante, pero no se tenía conciencia en algunos hispanoamericanos de la urgencia con que se requería lograrla, y por ello Martí se impacienta ante esa realidad.

Así lo expresaba en 1877, cuando mostraba su irritación por esa situación, porque teme que la materialización de esa idea sobre la unidad se retarde intencionalmente, o que no esté presente para hacerla viable. Plasma los males que subsisten en las nacientes repúblicas, como las ambiciones mezquinas, las rencillas personales y las fronteras imposibles. Y llega a la conclusión de que ninguno de ellos existirá «[...] cuando [...] un concierto de voces amorosas proclamen la unidad americana»¹⁰⁹

¿Sobre qué bases se debía aspirar a esa unidad? Por esta década de los años setenta, en que Martí sostenía puntos de vista acerca de la armonía en las sociedades humanas, era indudable que esta base debía ser el amor recíproco e interactuante, donde

¹⁰⁶ José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit VII, p. 325.

¹⁰⁷ Confrontar: José Martí. «Carta a Fausto Teodoro de Aldrey» del 27 de julio de 1881. En: José Martí. *Obras Completas*, t. VII, pp. 267-268.

¹⁰⁸ José Martí. «Autores americanos aborígenes». En: José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit. VIII, p. 335.

¹⁰⁹ José Martí. *Obras Completas* Ed. Cit. VII, p. 111.

cada pueblo, desde su lugar y condiciones histórico-sociales, adoptase la posición que le correspondía a fin de contribuir al bienestar de todos, con todos.

Subyace la idea implícita de aspirar a la unidad a partir de las diferencias. En la carta a Valero Pujol, director de *El Progreso* de Guatemala, se reafirma la idea actual de concertación a través de un pensamiento metafórico, en el que se infiere cómo cada uno de estos pueblos, igual que los instrumentos musicales de una orquesta, aportarían sus sonoridades características a la composición íntegra, para lograr el «[...] himno unánime [...]»¹¹⁰ nuestro, americano, soñado por generaciones y explicitado por nuestro Héroe Nacional en la imagen conclusiva de su ensayo «Nuestra América».

En este mismo texto, queda plasmada la concepción sobre lo que denominó América nuestra, luego de su larga y sangrienta lucha para obtener, arrancándosela al colonialismo español, su primera independencia. Aquellos países emergían de sus raíces autóctonas y se transformaban por el trabajo de sus hijos, en lo que señalaba el Apóstol como la *América nueva*, que en el ámbito geográfico se corresponde con América Latina y el Caribe.

El pensamiento latinoamericanista martiano había venido elaborándose desde su primera estancia en México (1875-1876). Corresponde a esta etapa la publicación de su artículo: «La Democracia Práctica. Libro nuevo del publicista americano Luis Varela»¹¹¹. En el texto, hay un elogio a su autor y un reconocimiento de sus aportes, entre otras cuestiones, porque contiene la historia del sufragio y la valoración de la imposibilidad de que las llamadas democracias europeas, sirvan de modelos aplicables a la realidad de las nacientes repúblicas americanas.

En el artículo de Valera, Martí admite como signos de los cambios que paulatinamente se operaban, el hecho innegable de que ya la América nuestra comenzaba a despojarse de los elementos culturales foráneos introducidos por los colonialismos, los que habían venido desviándola de sus originales esencias. Expone

¹¹⁰ Confróntese: José Martí. «Nuestra América». Ob. Cit., p. 487. «(...) ¡Porque ya suena el himno unánime: la generación real lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continentes y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva.»

Nota: Téngase en cuenta que en esta expresión sobre el territorio latinoamericano, en algunas ocasiones Martí alude también a la Patagonia o la Tierra del Fuego como el extremo sur del continente.

¹¹¹ José Martí. «La democracia práctica». En: José Martí. *Obras Completas*, Ed. Cit. VII, pp. 347-349.

Nota: Luis Varela. (1825-1911) Abogado, político, historiador y periodista argentino. Colaboró en *La Tribuna*. Secretario del Ministerio del Interior, diputado y ministro de la Suprema Corte de Justicia de Argentina. Autor de otras obras como: *Las repúblicas de Argentina y Chile; historia de la demarcación de sus fronteras* (1891), *Historia constitucional de la República Argentina* (1910); y otras de corte jurídico.

además cómo se encaminaba Latinoamérica hacia un proceso de reafirmación hacia ella misma, con la adopción de formas propias de gobierno, para hacer real la libertad.

Hubo una severa crítica debido a que los políticos de las repúblicas nacientes latinoamericanas no trazaran políticas inclusivas en las que fueran reconocidas también las culturas propias de los pueblos originarios, lo que contribuiría a su auto-reconocimiento, al orgullo por lo propio y a su consecuente protagonismo. En sus ansias de rápidas y consecuentes transformaciones de la realidad continental, salta etapas históricas, anticipando soluciones que no eran posibles en su tiempo.

En este sentido, es conveniente destacar que, de no lograrse esa inclusividad, de estar todos, y de lograr el protagonismo de todos, la América correría graves peligros porque entonces, por la hendidura abierta entre las partes inclusivas y las exclusivas, podría penetrar, y penetraron, como lo previó Martí, los intereses individuales y egoístas de cada sector o capa de estas sociedades, en detrimento de la unidad indispensable para hacer valer el derecho y el deber de todos para alcanzar la plena independencia y el desarrollo económico y social de sus países.

2.2. Martí y la necesidad de la unidad latinoamericana y caribeña ante la agresividad de la política exterior de Estados Unidos y el alcance de esta idea en su praxis revolucionaria.

El pensamiento latinoamericanista martiano alcanza un momento cimero en la valoración crítica que realizó sobre la Primera Conferencia Internacional Americana, y que expone en su texto: «Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias»,¹¹² donde expone su razonamiento profundo acerca de la necesidad que tenían los países de la América nuestra de presentarse unidos al evento convocado por Estados Unidos, en 1889, con pretensiones hegemónicas. Este evento potencia la doctrina del panamericanismo y encuentra cauces en las sucesivas Conferencias Panamericanas que se convocarían en la primera mitad del siglo XX, como el más legítimo antecedente de la OEA.

Martí hace un llamado de alerta para que los representantes de las repúblicas, en proceso de afirmación, analizaran objetivamente los peligros que, de forma encubierta,

¹¹² Es oportuno aclarar que el Congreso Internacional de Washington también recibe indistintamente las denominaciones de: Conferencia Internacional Americana, Congreso de Washington, Congreso Internacional de Washington, Conferencia Americana, Conferencia Panamericana y Conferencia de Washington.

les asechaban. Y decía, «[...] los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar [...]»¹¹³

Aconseja a los estadistas ser previsores, tener una visión clara. También argumenta las razones para protegerse de las agresiones del gobierno de los Estados Unidos materializadas en México, Nicaragua, Santo Domingo y Haití, entre otras, y expresa categóricamente, «[...] solo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles en América de la inquietud y perturbación, fatales en su desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso [...]»¹¹⁴

Temía que los pueblos de América Latina no fueran capaces de unirse y pusieran sus negocios en manos de su único enemigo, Estados Unidos, cuando tenían buenas relaciones con Europa y en este sentido se pregunta: «¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización? [...]»¹¹⁵

Es admirable la valentía y la sinceridad del Apóstol cuando desenmascara la política norteamericana: divide y vencerás, y cómo esta puede tener oídos receptivos entre los nacidos en un país en el que no tienen conciencia de sí, ni sienten ni pueden sentir orgullo por su patria, por el grado de enajenación que han alcanzado. Expone ejemplos concretos de esta urdimbre expansionista: «[...] El ministro Migner [...] azuza a Costa Rica contra México de un lado y Colombia del otro [...]; un pretendiente a la presidencia hay en Costa Rica, que prefiere a la unión de Centroamérica la anexión a Estados Unidos [...]»¹¹⁶

Esta última afirmación constituye una genuina expresión de la falta de identidad, factor ideológico que tanto daño hizo, y continúa haciendo, a la estructuración de una conciencia para sí en las nacientes repúblicas, factores plenamente identificados por José Martí. Ideas de este tipo se manifestaban entre algunos latinoamericanos de la

¹¹³ José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit. VI, p. 46.

¹¹⁴ *Ibidem*.

¹¹⁵ José Martí. «Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias.» *Obras Completas*. Ed. Cit VI, p. 57.

¹¹⁶ José Martí. Ed. Cit VI, p. 58.

época, que añoraban un mayor vínculo, que devendría dependencia, con Norteamérica.¹¹⁷

Además, pone de manifiesto la prepotencia del gobierno de Estados Unidos y para ello utiliza la reproducción de textos publicados en periódicos norteamericanos, con el objetivo de que los lectores latinoamericanos pudieran ilustrarse. En los titulares y artículos de esta prensa, que representaba intereses disímiles de los grupos de poder dentro del gobierno y la política de ese país, se expresaban las ideas presentes y se esbozaban las futuras, acerca del dominio del país norteamericano, sobre las repúblicas de América Latina.

El Apóstol recoge en ese importante documento, donde explicita las verdaderas intenciones de los Estados Unidos ante América Latina, las expresiones de la citada prensa, representativa de estos intereses hegemónicos, de uno u otro partido, que manejaban posibilidades, más cercanas o lejanas, de apropiarse de los países al Sur del río Bravo, y exponía, por ejemplo, criterios del *Tribune*, que señalaba: «[...] No queremos más que ayudar a la prosperidad de esos pueblos [...] Esos pueden ser resultados definitivos y remotos de la política general que deliberadamente adoptaron ambos partidos en el Congreso». A partir de estas ideas, Martí acota la posición del *Herald*, que respondió a estos criterios de la siguiente forma: «[...] no estamos listos todavía para ese movimiento [...]»¹¹⁸, léase penetración a través de diferentes vías pacíficas pero de dominio económico, y más adelante el diario expone consideraciones sobre la necesidad de esperar al menos cincuenta años para alcanzar este objetivo.

Se desentrañaban así, las posturas, intenciones y prácticas presentes o futuras del país norteamericano, y se alertaba a los pueblos latinoamericanos y a sus hombres de pensamiento y de gobierno. Ante la hipócrita idea del Secretario de Estado Blaine, Martí responde con la siguiente exhortación: «¡A crecer, pues, pueblos de América, antes de los cincuenta años!»¹¹⁹

De acuerdo a esta línea de pensamiento, y en este mismo e importante documento, se adentra en las esencias por las cuales fue convocado ese Congreso,

¹¹⁷ José Martí. Ed. Cit. VI, p. 59. Un ejemplo en este sentido lo constituye lo expresado en la carta de Juan Luis de Aldrey (hijo de Fausto Teodoro de Aldrey, director del periódico *La Opinión Nacional* de Caracas), Caracas, agosto de 1881, a José Martí, donde manifiesta la añoranza de no ser él, quien esté en Estados Unidos al que califica como «gran mundo de la civilización moderna», contrastándolo con el hecho de continuar en Venezuela, a la que llama «tierrita del cacao y el café». Véase: Destinatario José Martí. Compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual. La Habana, Editora Abril y Centro de Estudios Martianos, 1999, p. 69.

¹¹⁸ José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit., p. 59.

¹¹⁹ *Ibidem*.

plasma con suficientes elementos de causa lo acontecido en el pasado y da su visión de lo que podría ocurrir en el futuro, ante la realidad de las dos Américas: la opresora y la oprimida, y alerta a esta última sobre el peligro de ser aplastada por el Juggernaut.¹²⁰

Por eso, para que el lector de *La Nación* sacara sus conclusiones, Martí reprodujo textualmente las palabras de *El Sun de Nueva York*: «El que no quiera que lo aplaste el Juggernaut, súbase a su carro», le hace la réplica siguiente: «Mejor será cerrarle al carro el camino [...]». Y con la intención deliberada de que no se vuelva a repetir en América Latina otra experiencia histórica dramática, advierte: «[...] Al carro se subieron los tejanos, y [...] tuvieron que salir, descalzos y hambrientos, de su tierra de Texas.»¹²¹

Resultó conveniente, dar a conocer las características de las dos Américas, en cuanto a sus orígenes y posterior evolución, y esto se muestra en varios de sus textos, los más representativos: «Madre América» (1889) y «La verdad sobre Estados Unidos» (1894).

En el discurso de bienvenida a los delegados hispanoamericanos a la Conferencia Internacional Americana, también conocido como «Madre América», demostró especial interés en clarificar el nacimiento de la América Española, y el de América del Norte, entiéndase los Estados Unidos.

Con relación a la primera, expone que sus orígenes estuvieron brutalmente ensangrentados por las crueldades de los conquistadores, los que venían a enriquecerse, a todo costo, y a toda costa, sin el menor asomo de humanidad. Agrega que, la sangre derramada, los sacrificios y el heroísmo demostrados en la lucha para alcanzar la independencia de España lavaron tanta ignominia.

Aborda el Apóstol, cómo nuestros pueblos, heterogéneos, porque la América nuestra es multicultural y pluriétnica, avanzan en unidad. El afán martiano de verla unida, como única vía de enfrentar los peligros, lo lleva a expresar como una antítesis

¹²⁰ Juggernaut. Del sánscrito *Jaggannátha*, señor del mundo. Término que se utiliza para designar una fuerza aplastante e invencible. Tiene un significado y una historia que aportan mucho a la comprensión de la necesidad de conocer, de saber, para poder actuar razonablemente. Es de suponer que Martí conoció esta historia, porque el término lo emplea muy bien para alertar sobre los peligros de ser aplastados por una fuerza arrolladora e indetenible, cuando el desconocimiento y el fanatismo imposibilitan el razonamiento lógico, y estos factores, hacen que las personas o que los pueblos, actúen fuera de sí. Sobre este término véase:

¹²¹ José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit VI, p. 54.

esa unidad donde, en una expresión inferida se subsume su ideal unitario y liberador «[...] Sola y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá sola».¹²²

Vencerá sola, esa es la idea que trasmite a los delegados hispanoamericanos a la Conferencia Internacional Americana, porque la América nuestra no necesitaba de fuerzas externas, como las de Estados Unidos, que podrían adentrarse en su territorio para esquilmarles sus riquezas. Vencerá sola, porque ya sus pueblos han podido transformar sus orígenes venenosos en elementos vivificantes, productores de vida y de esperanzas.

Se pide a los delegados ser profundamente analíticos ante las propuestas norteamericanas y sus ocultas intenciones y mantener vivo el orgullo por su historia, por el sacrificio de sus héroes y mártires, por la tierra natal. Y exhorta a estos hombres a ser objetivos al evaluar la supuesta bondad de la política norteamericana hacia América Latina: «[...] sin cristales de présbita ni de miope [...]»¹²³ Es este, un llamado a los representantes de los países hispanoamericanos a la Conferencia a que reflexionaran sobre lo necesario de ser consecuentes con los intereses de sus países.

En esta línea de pensamiento latinoamericanista, casi un lustro después, Martí retoma el tema de las particularidades de las dos Américas, y en su texto «La verdad sobre Estados Unidos»,¹²⁴ deja claro que tanto los sajones, como los latinos por igual pueden poseer virtudes y defectos, pero lo que determina las diferencias está dado por «[...] la consecuencia peculiar de la distinta agrupación histórica [...]»¹²⁵

Martí, en este brillante artículo, devela detalladamente las peculiaridades de las dos Américas en cuanto a sus orígenes, a las características de cultura, desarrollo y estrategias políticas de sus metrópolis, y a su evolución histórica concreta.

Su análisis sobre la realidad del país norteamericano lo lleva a expresar que Estados Unidos no es una nación «[...] total e igual de libertad unánime y de conquistas definitivas [...],¹²⁶ porque los estados del sur tuvieron una composición y evolución diferente a los estados del norte, y aunque habían transcurrido tres siglos tratando de hacer más fuertes las causas de la unión, no solo no lo habían logrado, sino que estas causas se aflojaban.

¹²² José Martí. Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Hispanoamericana, Nueva York. *Obras Completas*, Ed. Cit. VI, p. 138.

¹²³ José Martí. Ed. Cit. VI, p. 140.

¹²⁴ José Martí. «La verdad sobre Estados Unidos», *Obras Completas*. Ed. Cit. XXVIII, pp. 290-294.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 291.

¹²⁶ *Ibidem*, pp. 291-292.

Ese orgullo por ser hijo de la América nuestra se evidencia en este texto más de una vez. Es admirable su método de análisis, la prosa utilizada, la claridad de los conceptos y las conclusiones a las que arriba. Martí distinguía dos realidades americanas: la realidad de los Estados Unidos, una sociedad que venía de más a menos y la de Hispanoamérica, que lo hacía a la inversa, esto es, de menos a más; pero temía que las naciones hispanoamericanas no vieran con suficiente claridad estos elementos y que, con un sentimiento de inferioridad y por falta de profundidad en sus análisis, se deslumbraran ante un brillo existente solo en apariencia.

Para modificar la errónea visión que muchas mentalidades en América Latina habían adoptado acerca de la gran nación nortea, que se presentaba ante el mundo como modelo superior de república democrática, en su artículo «La verdad sobre los Estados Unidos» anunciaba la creación de una sección permanente en *Patria* que titularía «Apuntes sobre Estados Unidos», en la cual daría a conocer la verdadera imagen, reflejada en la prensa norteamericana, como un modo de revelar las contradicciones de esta sociedad: «y [...] las dos verdades útiles a nuestra América: — el carácter cruel, desigual y decadente de los Estados Unidos— y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos».¹²⁷

Es esta clara visión del peligro que entraña para nuestros pueblos la agresividad del imperialismo, la que reafirma una convicción temprana de Martí, de que a toda costa había que liberar a Cuba y a la vez contribuir eficazmente a la liberación de Puerto Rico, ofreciéndole a ambos pueblos y a sus emigraciones radicadas en Estados Unidos, un suelo seguro en la patria liberada. Por tanto no es casual que el proceso independentista se acelerara en los años noventa del siglo XIX, con la misma intensidad que este país entrara en su etapa imperialista.

La idea de unidad en el pensamiento martiano alcanza su punto culminante, cuando esta se convierte en base teórica de su praxis revolucionaria, de su proyecto de emancipación político-social, el que se materializaría con la creación del Partido Revolucionario Cubano, partido único para aglutinar en un frente único a todas las fuerzas patrióticas. Era un partido inclusivo que convocaba a la guerra libertadora y a la construcción de una república, a los protagonistas de las pasadas contiendas bélicas y a las nuevas generaciones, a los cubanos de la Isla y a los de la emigración, a ricos y

¹²⁷ José Martí. *Obras Completas*. Ed. Cit. XXVIII, p. 294.

pobres, blancos y negros, españoles de ideales republicanos y a todos aquellos ciudadanos de otras naciones, fuesen puertorriqueños, dominicanos, venezolanos, yucatecos o asiáticos, identificados plenamente con la causa emancipadora cubana. Este es el aporte teórico-práctico de mayor alcance de todo el pensamiento de unidad en el ámbito latinoamericano y caribeño, posible en las circunstancias históricas concretas del último tercio del siglo XIX.

El partido se daba a conocer en sus fines y métodos como «cuerpo visible»,¹²⁸ que reunía en su seno a todos aquellos hombres y mujeres dispuestos a los mayores sacrificios, unidos en apretado lazo, bajo la guía certera de una bien estructurada organización política. El partido era la única garantía para impedir el fraccionamiento y el divisionismo que dio al traste con la revolución de 1868.

La labor unificadora de José Martí constituyó un delicado trabajo político, que requirió de años de paciente labor aglutinadora, en la cual de un modo ejemplar siempre su palabra prosélita estuvo acompañada de la acción consecuente. Ayudó a superar rivalidades y a erradicar el miedo al negro, campaña divisionista utilizada por el colonialismo español como factor de desunión.

Su labor de convencimiento para lograr la unidad como principio estratégico, estuvo signada por su criterio de no discriminar aquellas opiniones divergentes a las suyas y la de los compatriotas; ni siquiera las de los que militaban en las filas del autonomismo. Cada opinión debía ser tomada en cuenta siempre que respondiera al interés común de servir a la patria,¹²⁹ porque para él era muy importante respetar el criterio de todos y la opinión colectiva para, mediante la reflexión llegar a la «[...] unidad de pensamiento, condición indispensable del éxito en todo programa político [...]»¹³⁰, aspecto avalado por la práctica histórica.

Junto al Partido Revolucionario Cubano, el periódico *Patria* jugó un papel decisivo en la prédica de convencimiento a sus compatriotas acerca del significado y necesidad de la unidad. Muchos de sus artículos portan en su esencia la argumentación que fundamenta la política del partido y reclaman la existencia de una opinión colegiada que permita poner en equilibrio los intereses colectivos en aras de la independencia patria.

¹²⁸ José Martí. «Carta a Máximo Gómez», 20 de julio de 1882. *Obras Completas*, t. I, p. 168.

¹²⁹ Confróntese: José Martí. Discurso pronunciado en conmemoración del 10 de octubre de 1868, *Obras Completas*. Ed. Cit. IV, pp. 215-226.

¹³⁰ Véase: José Martí. «Cuaderno de Apuntes». N° 3. *Obras Completas*, Ed. Cit. XXI, p. 107.

La independencia se consolidará si prevalece la voluntad popular sobre los intereses personales, egoístas y sectarios «[...] lo que un grupo ambiciona cae. Perdura, lo que un pueblo quiere. El Partido Revolucionario Cubano, es el pueblo cubano [...]».¹³¹ El partido surge en la histórica fecha del 10 de abril por proclamación unánime de los clubes patrióticos de las diferentes ciudades norteamericanas, una vez que fueron estudiadas y aprobadas sus bases y estatutos, expresándose así la voluntad de cubanos y puertorriqueños, como bien lo ratifica el Delegado, máxima autoridad de esta organización, en el artículo «¡Vengo a darte Patria!»: «La patria, en Cuba y Puerto Rico es la voluntad viril de un pueblo dispuesto al triunfo de su emancipación, a un triunfo indudable por el arranque unido y potente de la libertad contra el corazón inmoral y el tesoro arruinado de sus opresores».¹³²

Pero cabe preguntarse: ¿Cómo ha podido lograrse lo que hasta ahora había sido imposible de lograr? ¿Cómo el artífice de esta singular organización realizó lo que las revoluciones libertarias precedentes no pudieron realizar? ¿En virtud de qué acciones hizo posible unificar tantas y tan disímiles voluntades?

Este triunfo fue fruto de una labor paciente y persuasiva, vencedora de innumerables obstáculos, reveses e incomprensiones. Una labor hecha de persona a persona, donde se reafirmaba la disposición de los convencidos de siempre y se convencía a los indiferentes, apáticos o escépticos. El éxito de la prédica martiana, con ese sentido de apostolado que Martí le imprimió, le permite sumar, —cada mes, día, hora, minuto de febril actividad—, un adepto sincero para la causa revolucionaria.

Su proceder no es otro que el proceder de un dirigente revolucionario, de un líder consagrado a quien las masas acatan y siguen. Le permitió instrumentar un plan de acción de gran efectividad política cuyos pasos fueron los siguientes:

- Probar su virtud patriótica. El predicador, el orador político; luego el Delegado del Partido, hubo de probar su virtud patriótica, convencer a todos de que no era un arribista más, ni individuo movido por interés personal alguno; darle legitimidad a su palabra mediante la observancia de una conducta de absoluta ejemplaridad.

¹³¹ El Partido Revolucionario Cubano es un título que alude a los fundamentos *sui generis* de esta organización. Véase: *Obras Completas*. Ed. Cit., t. I, pp. 365-369.

¹³² José Martí. «Vengo a darte Patria», en *Obras Completas*. Ed. Cit.

- Conocer a fondo las debilidades, errores y aspectos vulnerables de las revoluciones y guerras que le antecedieron, y aprovechar sensatamente la lección de la historia en la labor de construcción del presente y del porvenir.
- Proclamar los infortunios y sacrificios sufridos por un pueblo que no se resignaba a la ignominia y al avasallamiento y hablar incansablemente del heroísmo que matizó la rica tradición de insurgencia y rebeldía de los cubanos y puertorriqueños.
- Hubo de poner de acuerdo un mando militar de prestigio conquistado en la acción armada y un mando civil sin aval militar, a fin de no desembocar en un régimen autoritario y dictatorial, tal como ocurrió en las repúblicas latinoamericanas.
- Hubo de aquietar los ímpetus de los impacientes que querían ir a una guerra precipitada sin las condiciones para el triunfo.
- Hubo de arrastrar a los indecisos y vacilantes, a los que temían a la guerra misma o a sus devastadoras consecuencias.
- Hubo de trabajar para barrer la desconfianza, las suspicacias y el recelo imperante, males que mucho dañaban la deseada unidad.
- Hubo de persuadir a las generaciones más jóvenes de la necesidad del sacrificio que supone la conquista de la independencia patria.
- Hubo de convencer de la necesidad de la guerra inevitable, como única opción para dar solución a la llamada cuestión cubana.
- Hubo de diseñar la república a la que se aspiraba como derrotero final, concebida para alcanzar la dignidad plena del hombre, hecha con todos y para el bien de todos como se proclama en el discurso del 26 de noviembre de 1891, en Tampa.

Como es de suponer, la relación anterior no supone un orden de prioridad en las acciones desplegadas por el dirigente, puesto que su acierto estuvo en llevarlas al unísono, y aplicarlas en el momento y lugar donde debían ser aplicadas. Tal proceder no solo hizo compleja su labor de dirección y unificación, sino que, requirió de las cualidades de un dirigente político: determinación, inteligencia, paciencia y tacto.

A esto se suma el modo de trabajar por el logro de la empatía por sobre todas las cosas, de estrechar los vínculos de confraternidad entre los implicados en el proyecto de liberación nacional. Tenía cifradas sus esperanzas en una verdadera comunión de

intereses: «Para echarnos, unos en brazos de otros, y fundar juntos la patria que nos aguarda».¹³³ No de otra manera podían conjurarse los vicios que socaban el acto de fundación, y menos aún, la fuerza de dos imperios que se disputan la posesión del suelo cubano, ni las facciones internas, siempre obedientes a la defensa y preservación de sus intereses personales. En el ejército de la revolución no tienen cabida estas facciones de hombres egoístas, que él repele con el mismo ímpetu con que ama a los que anteponen los intereses de la patria a los intereses propios. Desde una absoluta objetividad, sentencia: «Viles tenemos, pero más grandes que viles».¹³⁴

Por ende, una tarea de primer orden, recaía en la preparación moral de lo que consideraba arcilla de la república, sin la cual la preparación política, ideológica y militar no descansaría sobre bases sólidas.

Al respecto es oportuno suscribir el punto de vista del historiador Jorge Ibarra de que «Martí no utilizó jamás a los hombres como un medio. Sus colaboradores constituyeron para él un fin en sí mismo, una arcilla que debía moldearse en el curso de la lucha política con los valores de la historia revolucionaria cubana» —y añadía en su comentario—, que él «los consideraba como un fin, sobre el cual debía trabajarse con vista a su enriquecimiento espiritual».¹³⁵

Tales pilares sustentan la concepción general que José Martí llevó a la práctica en la consecución de un partido para la independencia, de una agrupación política de nuevo tipo en lo que respecta a su programa de acción, a su estructura piramidal, a su organización y a su actuación. Era un partido sin cabida al sectarismo ni a las discriminaciones donde todos los factores dispersos del país, a favor de la independencia absoluta, fueron convocados a trabajar unidos por un fin común.

Aquí radica el punto de novedad histórica respecto a los procesos revolucionarios anteriores, la contribución de Martí a la teoría revolucionaria cuyos principios aún mantienen plena vigencia. Desde la perspectiva continental el proyecto libertador de José Martí alcanza significado internacional, de aquí su indiscutible trascendencia latinoamericanista y caribeña. De aquí su incidencia en el Proyecto Alba, sin duda, legado continental del Héroe Nacional Cubano, al trascender su marco temporal y espacial, y convertirse en la presente coyuntura histórica, en pauta para

¹³³ José Martí: *Obras Completas*. Ed. Cit., t. II, p. 239.

¹³⁴ José Martí: *Obras Completas*. Ed. Cit., t. III, p. 80.

¹³⁵ Jorge Ibarra: *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, p. 256.

lograr en las instancias regionales de nuestra América los puntos de unión, de concertación de nuevas políticas en las aspiraciones más legítimas de nuestros pueblos.

El sentimiento de compromiso con los pueblos de la América nuestra, idea constante en Martí, estuvo presente hasta en medio del fragor de la organización de la futura guerra. En agosto de 1893, publicó en *Patria* una semblanza de Máximo Gómez, en la que aludía al compromiso del gran dominicano para con los pobres, y recoge la expresión de aquel hombre: «Para estos trabajo yo», a lo que añadía sus propios conceptos sobre aquellas personas humildes, al apuntar: «Sí: para ellos: [...] para los que sacan con sus manos a la tierra el sustento del país, [...] para los desvalidos que cargan, en su espalda de americanos, el señorío y pernada de las sociedades europeas: para los creadores fuertes y sencillos que levantarían en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América y desuncir al hombre.»¹³⁶

La dimensión continental de la obra política de Martí estuvo —parafraseando sus palabras—, en la comprensión de que no eran solo dos islas las que se iban a liberar, sino que a través de esta meta se consolidaría toda la independencia latinoamericana. Lo ratifican su exhortación expresada en la carta fechada en Montecristi, el 25 de marzo de 1895, al dominicano Federico Henríquez y Carvajal: «[...] Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino»;¹³⁷ y su última previsión, en la carta inconclusa a Manuel Mercado, escrita en el Campamento de Dos Ríos, el 18 de mayo de 1895: «[...] ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber [...] de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América».¹³⁸

Lamentablemente, su exhortación demora casi un siglo en ser atendida, y su previsión se hizo cruda y amarga realidad histórica en la práctica injerencista y de dominación neocolonial ejercida a lo largo del siglo XX sobre nuestros pueblos, al convertir a Puerto Rico en un «Estado Libre Asociado» que aún batalla por su soberanía y por salvaguardar su identidad cultural, y a Cuba, con mejor suerte, en una república mediatizada y sometida a los designios del imperialismo norteamericano hasta la victoria revolucionaria del 1º de enero de 1959.

¹³⁶ José Martí: «El General Gómez». *Obras Completas*. Ed. cit., t. IV, p. 450.

¹³⁷ José Martí: «Carta de José Martí a Federico Henríquez y Carvajal». Montecristi, 25 de marzo de 1895. *Obras Completas*. Ed. cit., t. IV, p. 112.

¹³⁸ José Martí: *Obras Completas*. Ed. Cit., t. IV, p. 107.

La prédica unitaria de Bolívar y Martí, concepto también arraigado en otros próceres y personalidades de Latinoamérica y el Caribe, no contó en su tiempo con todos los oídos receptivos necesarios, ni con las condiciones propicias para avanzar hacia la consecución de los más genuinos ideales patrios de nuestra América.

Un empeño serio de integración de América Latina y el Caribe, con amplias perspectivas de triunfo, acometido por los hombres más lúcidos del presente, inspirados en el legado que les precede y nutre ideológicamente, no se producirá hasta finales del siglo XX y principios del XXI, cuando cinco décadas después del triunfo y consolidación de la Revolución Cubana, abanderada de la concepción de unidad y solidaridad entre los pueblos, tiene lugar el surgimiento de nuevos movimientos revolucionarios, populares y progresistas en nuestro ámbito, cuya máxima expresión es la República Bolivariana de Venezuela, así como el surgimiento de estratégicos bloques integracionistas y alianzas regionales y de un organismo de equilibrio a nivel hemisférico como lo es la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), llamada a realizar la utopía americana.

CONCLUSIONES

1. Resulta de gran importancia conocer la lucha de los pueblos latinoamericanos por alcanzar su independencia e instaurar sus derechos arrebatados o desconocidos desde la época de la conquista, para emprender cualquier proyecto unitario en nuestros tiempos.
2. Las concepciones de la unidad como parte de las acciones a favor de la independencia de los países latinoamericanos tienen sus raíces en los primeros intentos liberadores en América Latina, desde las gestas de Francisco de Miranda.
3. Los próceres de la independencia y otras personalidades realizaron diversos intentos por hacer realidad proyectos unitarios, fallidos en su gestación o poco después de su creación, por disensiones internas, falta de convicciones sobre la necesidad de realizarlos o por utilizar las vías inadecuadas para su ejecución.
4. En las prédicas y acciones prácticas de Simón Bolívar se encuentran las principales manifestaciones de los intentos de unidad de América Latina, cuya mayor expresión fue el frustrado Congreso Anfictiónico de Panamá.
5. Los intereses individualistas y la no participación de los pueblos en los intentos unitarios en el siglo XIX, fueron factores esenciales en la no realización práctica de esa idea.
6. El pensamiento de José Martí constituye el paradigma de las concepciones unitarias de los pueblos de América Latina en el entorno de la lucha por la independencia de los países aún bajo dominio colonial en el siglo XIX.
7. Es en el pensamiento de José Martí donde se encuentra concebido, de forma orgánica, el proyecto independentista cubano, dentro de la realidad latinoamericana de su tiempo, y que concibe la unidad de los pueblos de la región, como elemento esencial en el logro de la verdadera independencia y pleno desarrollo.
8. La presencia, a fines del siglo XIX, de los Estados Unidos como potencia en pleno desarrollo y expansión, y sus consecuencias, fue un factor esencial en la prédica martiana, en su idea de unir la América Latina para poder enfrentar la ambición nortea.

- 9.** La necesidad de la unidad interna para lograr la unión de los pueblos en el intento de buscar un futuro de dignidad y bonanza para la América nuestra está presente en los trabajos de José Martí para crear el Partido Revolucionario Cubano, y en el desarrollo de las acciones para organizar y llevar a la práctica la guerra a favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico.
- 10.** Los actuales procesos de cambios que se operan en Latinoamérica y el Caribe no pueden desconocer el arsenal ideológico contenido en el pensamiento de los grandes hombres y próceres de la independencia y su utilidad en la construcción de una América unida, próspera y sustentable.

RECOMENDACIONES

1. Promover investigaciones que profundicen en el pensamiento de los próceres latinoamericanos sobre la unidad.
2. Realizar cursos de postgrado que aborden el tema del pensamiento unitario en América Latina y el Caribe desde sus más lejanas raíces hasta nuestros días.
3. Dada la envergadura y actualidad del ideario de José Martí, sería pertinente intensificar su estudio y divulgación, con particular énfasis en su latinoamericanismo y en los principios que deben mover esta concepción de unidad.
4. Evaluar la conveniencia de instrumentar políticas educativas y culturales convenientes con vistas a proporcionar a niños, jóvenes y pueblo en general el conocimiento sobre el proceso histórico y cultural de América Latina y el Caribe, desde la conquista hasta nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

1. Bosch, Juan. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010.
2. Colectivo de Autores. *Integración cultural de América Latina y el Caribe: Desafíos para el tercer milenio*. México, Morelia, Michoacán, 2000.
3. Estrade, Paul. *Martí en su siglo y en el nuestro*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008.
4. González Miranda, Sergio y Cristián Ovando Santana. Hacia un nuevo pensamiento integracionista latinoamericano: aproximación a una lectura de segundo orden. <http://www.revistapolis.cl/polis%20final/21/art12.htm>
5. Guerra Vilaboy, Sergio. *Breve historia de América Latina*. Ciudad de La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.
6. _____ *Historia de América II. Selección de Lecturas*. Ciudad de La Habana, Editorial Félix Varela, 2003.
7. Hidalgo y Costilla, Miguel. (1753-1812) <http://www.alianzabolivariana.org/modules.php?name=Content&pa=showpage&pid=276>
8. Ibarra, José. *José Martí, dirigente, político e ideólogo*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2008.
9. José de San Martín. <http://www.alianzabolivariana.org/>
10. Mancebo Céspedes, Daineris y Yailín Alina Bolaño Ruano. El antillanismo en el pensamiento independentista de José Martí. http://www.revistacalibán.cu/artículo.php?article_id:=19&numero=2.
11. Martí, José. *Nuestra América combate*. Selección, introducción y cronología mínima Ibrahim Hidalgo Paz. Semblanza biográfica: Roberto Fernández Retamar. Presentación: Cintio Vitier. La Habana, Centro de Estudios Martianos. 2009.
12. _____ *Por nuestra América*. Selección y prólogo de Luis Toledo Sande. La Habana, Editorial José Martí, 2003.
13. Morazán, Francisco. (1792-1842). *Memorias. Manifiesto de David. Testamento*. (Fragmentos). Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

14. Muñoz González, Roberto. *En torno a las concepciones martianas sobre desarrollo socioeconómico*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2002.
15. Paciencia le sobra al pobre para seguir esperando, pero la paciencia se agota para seguir retrocediendo. X36. Radio Centenario. [Htp/www.lafogata.org/](http://www.lafogata.org/)
16. Rosales García, Juana. «Bicentenario de la Primera Independencia de América Latina y el Caribe: José G. Artigas: ideas emancipadoras para pensar el socialismo en el siglo XXI». Revista *Calibán*, oct.-dic., 2011.
17. Santana Castillo, Joaquín. *Utopía, identidad e integración en el pensamiento latinoamericano y cubano*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008.
18. Santos Moray, Mercedes. «Hostos y Martí, visión ética y política de “americanidad”». El Nuevo Fénix, Sancti Spíritus, Cuba. [http://www.fénix. co. cu/martí/.Imhoston.ht](http://www.fénix.co.cu/martí/.Imhoston.ht)